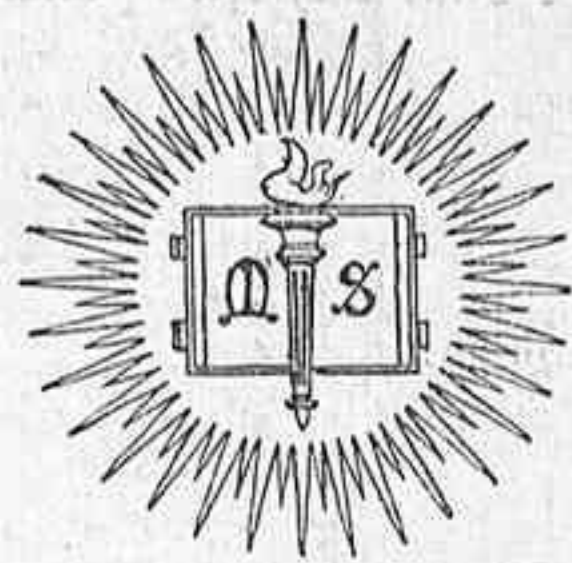


Ilustracion

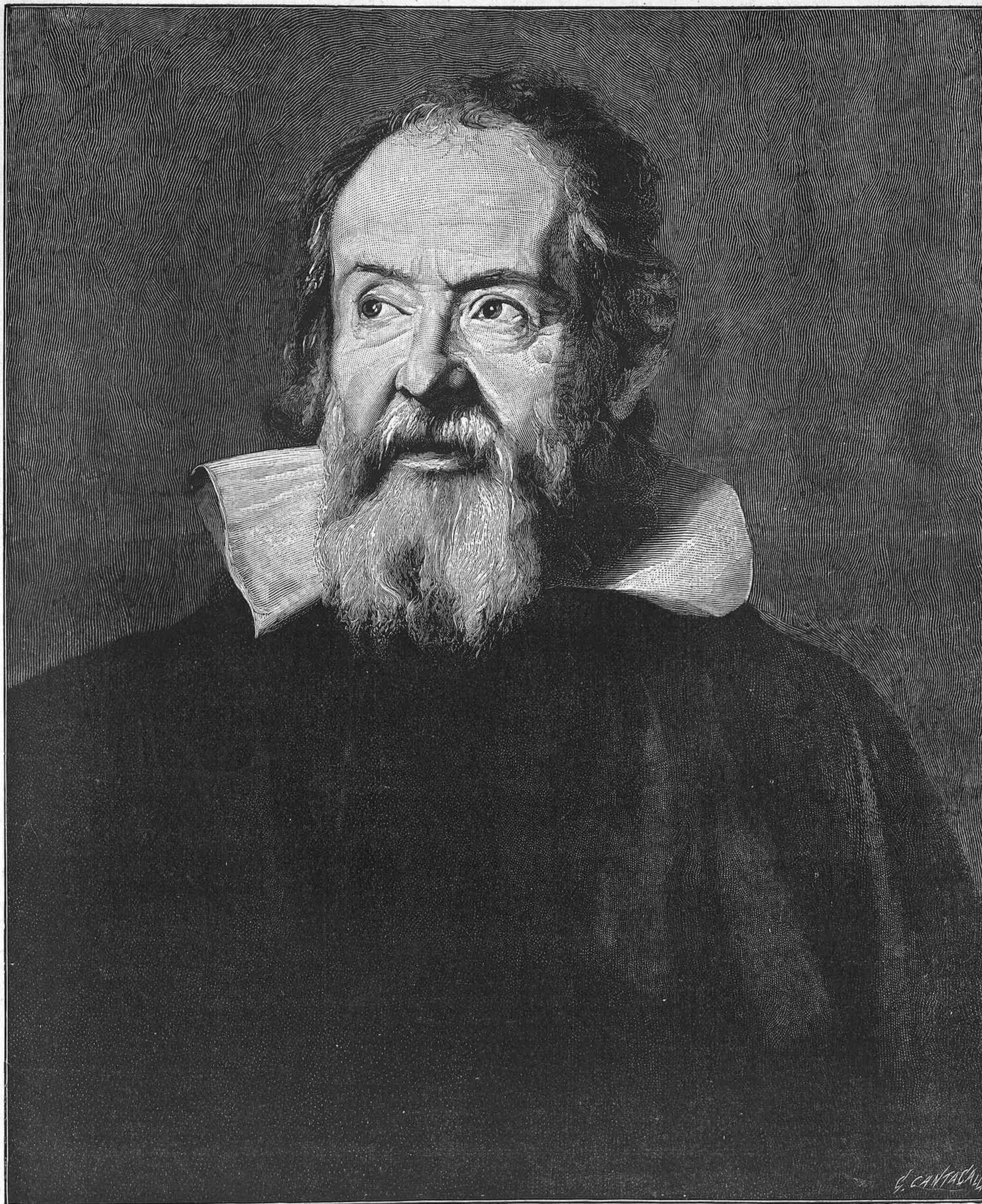


Artística

AÑO XII

BARCELONA 16 DE ENERO DE 1893

NÚM. 577



GALILEO GALILEI, retrato pintado por G. Subtermans, grabado por G. Cantagalli
Existente en la galería degli Uffizi, de Florencia (fotografía de C. Brogi, de Florencia)

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Galileo Galilei*, por M. A. — *La dama negra* (conclusión), por F. Moreno Godino. — *La broma*, por J. F. Amador de los Ríos. — *Miscelánea.* — *Cargo de conciencia* (continuación), por Juana Mairet, con ilustraciones de A. Moreau. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Werner de Siemens, eminente físico*, por E. Hospitalier. — *Cerraduras de alarma.* — *El trabajo de los músicos.* — *El ferrocarril de Beira (África Austral).*

Grabados. — *Galileo Galilei*, retrato pintado por G. Substermans, grabado por G. Cantagalli (de fotografía). — *La célebre lámpara de Galileo en la catedral de Pisa*, obra de Vincenzo Possenti. — *Fachada del Bo en tiempo de Galileo.* — *Casa en que vivió Galileo en Padua.* — *Un autógrafo de Galileo.* — *Monumento á Galileo en Santa Croce de Florencia.* — *Monumento á Galileo en la plaza Prato della Valle de Padua.* — *Carta del inquisidor de Florencia al arzobispo Niccolini sobre la sentencia de Galileo.* — *Quinta vértebra lumbar del esqueleto de Galileo.* — *La torre del Gallo cerca de Florencia, habitada por Galileo.* — *Casa donde nació Galileo cerca de la Porta Florentina en Pisa.* — *Patio de la torre del Gallo.* — *El museo galileiano.* — *Werner de Siemens.* — *Cerraduras de alarma por medio de detonaciones y timbres.* — *Busto de Galileo.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

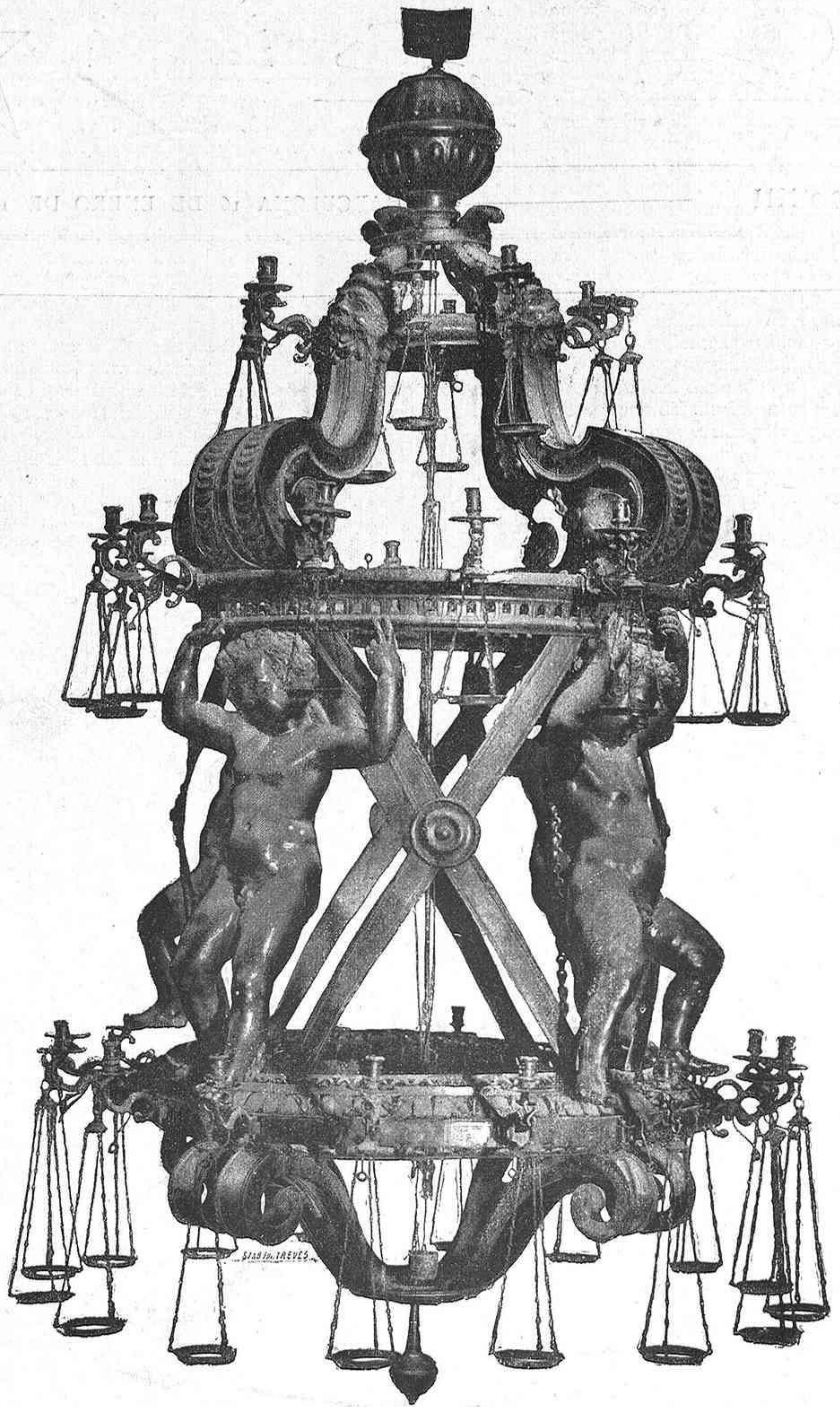
Resumen. — Fin de un año y comienzo de otro. — Cuán funesto el noventa y tres para las repúblicas. — Paralelo entre la Convención del siglo pasado y la Convención de nuestro siglo. — Superioridad de la guillotina sobre la deshonra. — Movimiento teatral en París. — Una novela de los Goncourts convertida en comedia. — *La Lysistrata*, de Aristófanes, trasladada del griego al francés. — Carácter de las obras helénicas. — Influjo de la mujer en política. — Manifestaciones católicas de nuestras damas. — Conclusión.

I

¡Un año! Parécenos la eternidad cuando comienza; y al acabar, parécenos un soplo. Si convertimos los ojos con impacencias naturales á cualquier dicha esperada en el transcurso de un año, creemos el tiempo muy tardío; y si los convertimos al recuerdo de dichas concluidas y olvidadas en otros años, creemos el tiempo muy rápido. Este noventa y tres que comienza debe dar mal de ojo á las repúblicas, porque pasa en el mundo como año clásico del terror. Lo cierto es que al acercarse, al surgir de nuevo en la escena del siglo XIX este año nefasto, como si fuera su antecesor del siglo XVIII, las Cámaras francesas, erigidas á costa de tantos esfuerzos, hanse trocado en una especie de Convención revolucionaria, y los republicanos franceses en una especie de terroristas, entretenidos en mandarse mutuamente unos y otros por medio de recíprocas delaciones, no á la guillotina, donde tantos de ellos descabezara el verdugo sin arrancarles por eso la honra, entre aquellas fulguraciones, tan terribles, pero tan luminosas, del volcán revolucionario, á la picota del deshonor y de la infamia, donde mueren las almas. No puedo figurarme lo que sucede hoy en Francia, sin verme abrumado por el peso de una intensísima tristeza. El espesísimo aire de calumnias en que respiran, aunque ahogándose, los republicanos del gobierno; los terribles acusadores suscitados y las enormes acusaciones dirigidas contra la Cámara y puestas en circulación y selladas con señales de legitimidad por la Cámara misma y sus increíbles comités; el desplome de ministros honradísimos en procesos infamantes, los cuales procesos en el solo propósito de procesar no más, traen aparejadas la pena y el castigo, pues para la sospecha y la maledicencia no hay sobreesimientos posibles; el ingreso en calabozos inmundos de personajes designados á la vindicta pública por disposiciones ministeriales más ó menos arbitrarias; todo este conjunto de incidencias trágicas han hecho de la realidad un teatro más vivo y más interesante y más embargador que todos los habituales teatros del arte. Así no puede maravillarme la poca fortuna obtenida por las nuevas representaciones en la corriente parte del año, tan propicia de suyo á los recreos y á los espectáculos; pues en estos días las fiestas artísticas han de sucederse por ley natural, como correspondencia debida con las festividades religiosas. Nueva tentativa de acomodar al género dramático el novelesco acaba de frustrarse ahora mismo en París. Autores muy acostumbrados al teje maneje de la escena se han decidido por arreglar al teatro uno de los libros realistas hechos por los hermanos Goncourts en colaboración y bautizados por ellos con la denominación extraña de psicológicos estudios. Y así como para la psicología les falta sistema y lógica indudablemente á tales autores, para el arte les falta proporción y armonía. Las ideas más puras toman en ellos el carácter de las sensaciones más fuertes. Y según lo roto y lo fragmentario de sensaciones tales, nadie diría que hubieran pasado de los nervios y subido al centro de un común sensorio, como llamaban al cerebro nuestros padres. Y las obras de arte deben

tener dentro de sí una lógica inconsciente que las constituya en verdadero sistema, y unas proporciones que les presten la medida y la regularidad indeliberadas de los grandes monumentos arquitectónicos. Y la escena, para la cual hay que pensar en el público

local y particularista como el gobierno de los griegos, y nada tan humano y eterno como el arte de los griegos. Sus dioses reinan todavía, no en los templos y en los altares, pero sí desde los jardines hasta las estrellas. No hay adornada floresta de pueblo ningu-



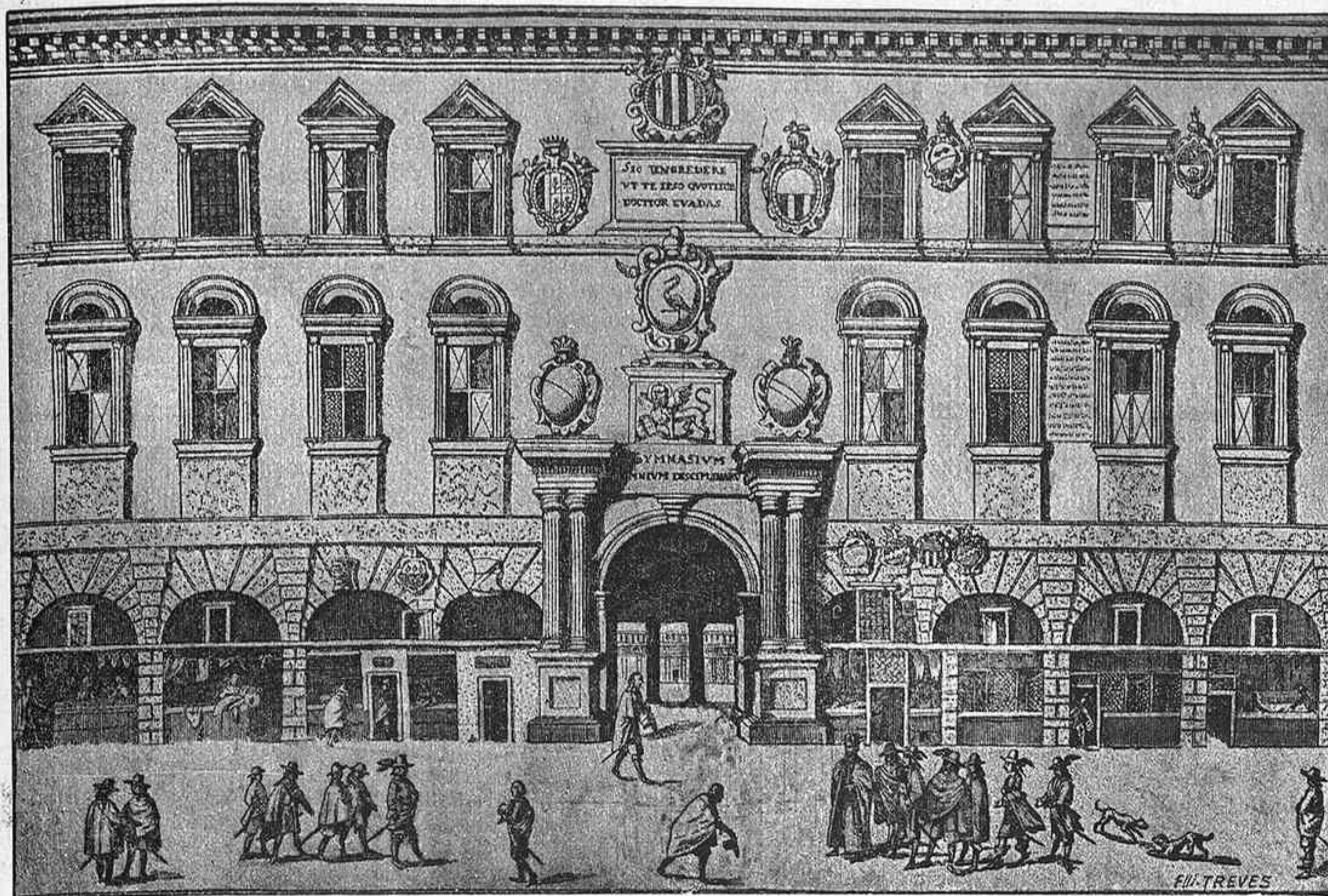
LA CÉLEBRE LÁMPARA DE GALILEO EN LA CATEDRAL DE PISA, obra de Vincenzo Possenti

ante todo, tiene un conjunto tal de reglas, no promulgadas por academia ni legislación alguna, pero sabidas por todos los genios dramáticos, que no podrán sustraerse á ellas ni aquellos dramas de Shakespeare y de Calderón, que parecen más personales y más subjetivos y más desordenados. Pero la imaginación de los hermanos Goncourts, tersa, clarísima, diáfana, parece un cristal de Venecia que contra el suelo se ha estrellado en mil fragmentos, maculados todos ellos por la rotura, aunque algunos de un extraordinario brillo y de un deslumbrante resplandor. Así *Carlos Demailly*, que bajo tal título se nos presenta el drama de los Goncourts, no ha conseguido el favor de la opinión y de la prensa, quedando entre las tentativas teatrales marradas por ignorancia ó por olvido de todo cuanto deba ser en el mundo un teatro.

II

Más feliz hame parecido el acuerdo de un poeta dramático que priva en la *Chat-Noir* y que se llama M. Dounsaz. Este ha puesto en escena con una traducción feliz la *Lysistrata*, de Aristófanes. Nada tan

no que destierre las simulacras ó estatuas de las divinidades helénicas, ni aparezca ninguna estrella en el cielo infinito sorprendida por los escudriñadores telescopios modernos á la cual no le pongan sus descubridores los celestiales nombres mitológicos. Y esto sucede más todavía que con su religión, de seguro con su teatro. Prometeo anticipa la historia de todos los descubridores; Medea la historia de todos los celosos. Orestes ha pasado á las literaturas íntegro; y el símbolo eterno de todas las fatalidades mecánicas, fisiológicas, atavas que pesan sobre nosotros los mortales, representados eternamente por la figura casi arquetípica del inmortal Edipo. Pues en el teatro cómico hay personajes que aparecen como verdaderas figuras típicas y que duran casi tanto como los personajes trágicos. No conozco ninguna obra cómica del mundo que haya en veinticinco siglos representado la oposición entre las creencias del sentido común y las ideas del criterio filosófico cual Aristófanes la representa en su comedia *Las nubes*, que tanto contribuyó á la inmoliación del divino Sócrates. Pues la *Lysistrata*, puesta en los teatros de París hoy, representa como ninguna otra la oposición entre los ho-



FACHADA DEL BO EN TIEMPO DE GALILEO (del *Gymnasium Patavinum* del I. F. Tomasini)

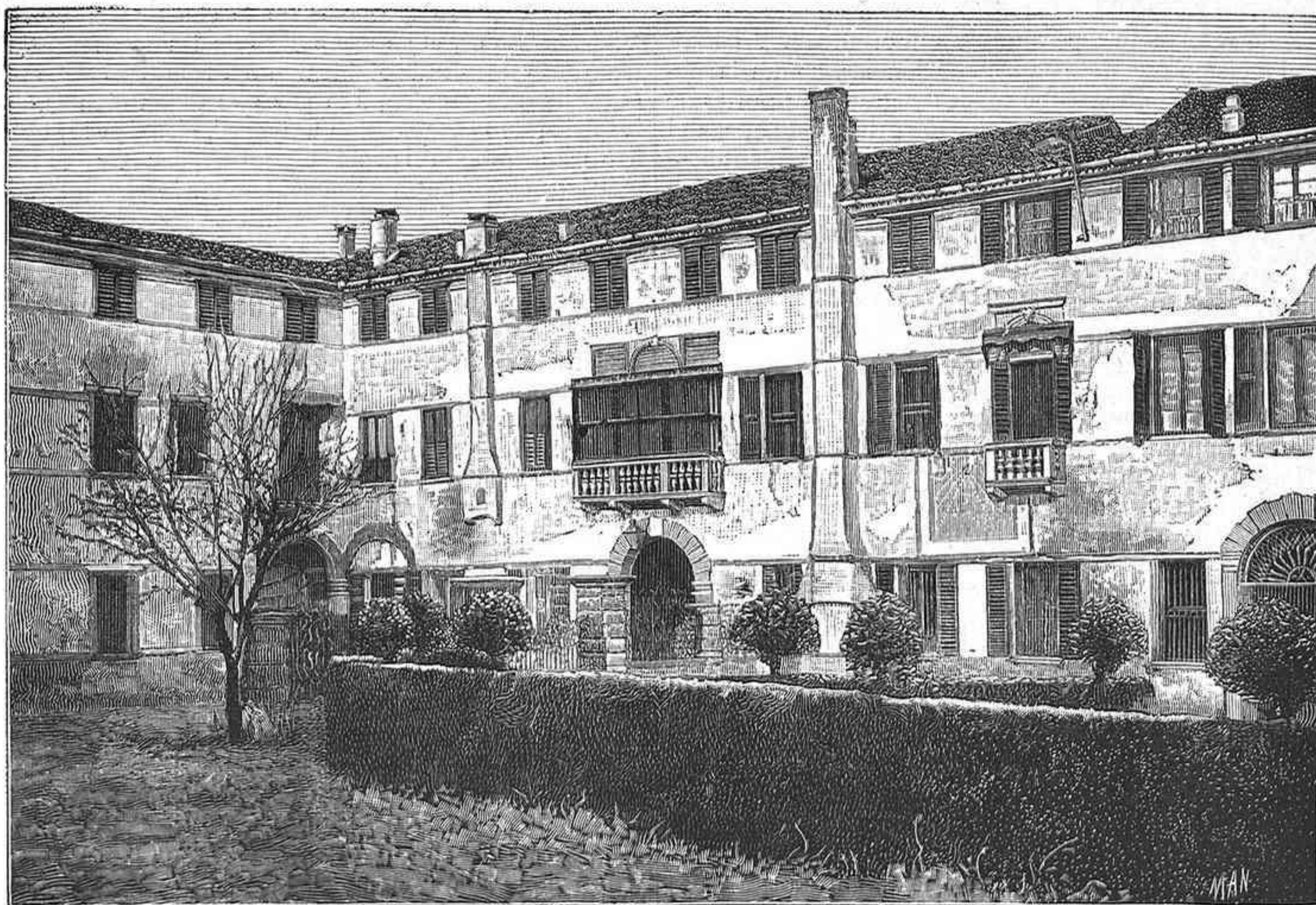
gares y las plazas, entre la vida pública y la vida privada, entre los deberes del hombre para con su familia y los deberes del hombre para con su Estado y patria. Esta comedia política es la comedia por excelencia de Aristófanes, el cual castigaba con furor en ella todos los excesos de los dos grandes poderes que fundó el genio incomparable de Pericles, la ciencia y la democracia. Pero ¡ah! que le sucede al buen Aristófanes en su papel histórico mucho de lo que al buen Horacio le sucede también; perteneciendo por su nacimiento, por su educación, por su altura intelectual, por su gusto depurado a una época de perfección clásica, les toca señalar el tristísimo período de una incipiente decadencia. ¡Ay! Así como el arte simbólico, digámosle oriental, concluye, según las profundas observaciones de Hegel, cuando el símbolo y lo por él significado se apartan, concluye a su vez el arte clásico cuando se divorcian las serenas armonías, en él reinantes, entre la forma y el fondo, entre la idea íntima y su expresión perfecta. La risa, la caricatura, lo grotesco, lo ridículo, caen abrumadoramente sobre la paz y serenidad antiguas. Desconciérase la incomparable armonía que ha hecho compenetrar la forma con el fondo en todo el teatro y en todo el arte clásico. Lejos de acercarse la realidad al ideal, se divorcia de él y presenta por lo mismo un desconcierto muy contrario a la plenitud de tranquilidad representada por aquellos bajos relieves armoniosísimos, por aquellas estatuas serenas que caracterizan con caracteres indelebles el clasicismo. La comedia griega, como la sátira latina, señala el comienzo de un desconcierto entre la realidad y la idea, desconcierto que ha de concluir tarde ó temprano por un irremediable decaimiento. Aristófanes, como los primeros fundadores del teatro cómico, se nos ofrece y presenta poseído por una borrachera, no de vino, como ellos, de genio ciertamente. Pocos escritores guarda la historia dotados tan largamente de gracia infinita, tan dispuestos a la carcajada ruidosa continua, tan idóneos para descubrir el lado ridículo de todo individuo y objeto, tan ricos en verdaderas indignaciones é invectivas. Cierzo que la desvergüenza del cómico llega en su desenfreno adonde pueda llegar la brutalidad asquerosa del rústico peneque. Quiere con licencias de lenguaje corregir licencias de costumbres. Los actos más carnales y los vicios más inmundos allí aparecen todos á una, en desnudez incomprendible á nuestro gusto moderno. Entablan marido y mujer conversaciones sobre temas de alcoba que no podemos leer hoy sin asco y que no podría presenciar el público nuestro sin levantársele á una la conciencia y el estómago. Entre los estiércoles y los detritus de tantas indecencias, no quiero decir cómo estarán de sucias y manchadas las pobres mujeres en su escena. Pero bajo la suciedad se descubre, muy principalmente aquí en el tipo de Lysistrata y en el argumento de la comedia que preside y caracteriza ella, todo el importante papel representado en las sociedades helénicas por sus hermosas mujeres. Aristófanes quiere mostrar á la sociedad cuánto importa para el concierto mejor de los negocios el influjo de la mujer, no sólo en la vida privada, en la

vida política también. Y su método peculiar de manifestar todas las verdades que cree y que siente por medio de la caricatura grotesca, de la ironía cruel, de los sarcasmos amarguísimos, presta un relieve indudable á todos sus pensamientos y les da un carácter cómico muy asequible á todas las muchedumbres. Mucho ha reído la humanidad hasta verter lágrimas á fuerza de reirse. Y en todas las épocas que representan las verdaderas transiciones históricas aparece un satírico encargado de poner en contraste la sociedad que se va con la sociedad que se acerca. La vejez ríe tanto cuanto la juventud llora. El amor, que tiende á lo trágico en el púbero, tiende á lo cómico en el anciano. Cuando una sociedad se ríe mucho, esta sociedad se halla en los umbrales de la muerte. Ved cómo los satíricos romanos, vedlos, Juvenal, Marcial, señalan el tránsito de las edades clásicas á las edades cristianas. Ved los satíricos del siglo XIV señalando otro grande tránsito, el de las edades teocráticas al Renacimiento. Ved Erasmo, Hutten, Rabelais, Pulci, Ariosto, Cervantes, señalando la transición de los siglos medios al mundo moderno. Ved Voltaire señalando la transición de los siglos monárquicos á los siglos revolucionarios. Pues bien: Aristófanes con sus burlas y con sus carcajadas también señala el tránsito desde las edades áticas á las edades macedónicas, desde la república organizada

por Pericles al imperio terrible organizado por Filipo y por Alejandro. Tal ministerio le toca representar en el mundo á los que se ríen mucho. La carcajada epiléptica de todos estos burlones resulta más triste, mucho más triste que los lamentos de todos los poetas elegiacos. Cuando uno lee Jeremías ó Isaías, cree oír en sus lamentaciones y en sus trenos el acento de un mundo en plena conciencia de la suerte que le aguarda y con la compostura y la tristeza dignas de sus trágicas agonías. Pero cuando ve uno al buen Aristófanes riéndose á todo reír, entristece, ya porque no encuentra en él aquella penetración de su triste suerte, ya porque agobia más el dolor cuando se burla y ríe que el dolor cuando se plañe y llora.

III

La índole capitalísima del genio aristofanesco hállase por consentimiento universal en su carácter político. Las caricaturas nuestras de los periódicos batalladores, las invectivas del artículo de oposición diaria sugerido por sentimientos exaltadísimos, las arengas vehementes dichas en las izquierdas y en las montañas de todos los congresos, cualquier proclama de las muchas vertidas por labios populares en los clubs facciosos de nuestros días, os granjearán la noción precisa de la comedia verdaderamente aristofanesca, tan propia para provocar á un tiempo risas y tempestades. Pero la política de Aristófanes ciertamente responde á ideas y afectos de conservación más que á ideas y afectos de progreso. Grecia, organizada por Solón, había recibido profundas alteraciones en la guerra con los persas, cuando el enemigo común que hollara el suelo helénico demostró cómo necesitaba el territorio aquel de todos sus hijos, si quería vencer. La severa lógica de los hechos dijo que si valían todos los atenienses para el combate, valían también todos los atenienses para el comicio. Así es que la guerra de su independencia no solamente puso á la divina Hélade aparte y fuera del influjo extraño, sino que también la inspiró una idea bien luminosa, la idea de regirse á sí misma democráticamente. Aristides, el virtuosísimo Aristides, llamó todos los ciudadanos á las asambleas. Y cuando ya estaban todos en las asambleas, Pericles, el gran Pericles, retribuyó el ejercicio de las funciones políticas, lo cual abría de par en par á las democracias las puertas del poder. Tal política no andaba tan fuera de camino como pretendían los reaccionarios, cuando, merced á ella, gozó Atenas de una larga paz, y esta larga paz acertó á coronarse con la diadema de todas sus glorias. Mas á la vuelta de algunos lustros se desnaturalizó, alterada por las grandes irrupciones demagógicas. Una democracia, siquier tuviera esclavitud y esclavos, no podía vivir á sus anchas ni desarrollarse con verdadera pujanza sino en el trabajo y en la paz. Ya lo dijo Pericles en su maravillosa oración á los difuntos. Empeñada una guerra, las democracias tenían que divertirse de su actividad trabajadora y hundirse por su mal en competencias, á cuyo fin y término sólo podía encontrar-



CASA EN QUE VIVIÓ GALILEO EN PADUA

se la muerte. Sacada de su quicio, metida en los combates, desnaturalizada por el cambio de su finalidad propia en otra finalidad extraña, los hondos sacudimientos guerreros le generaron una demagogia desconocedora del freno de las leyes, tentada por sus malos hábitos de una irremisible holganza, con todos los vicios del campamento y todos los extremos del combate, falta poco á poco de aquellas nociones jurídicas y de aquella eficaz actividad que dan á las repúblicas libres la necesaria complexión para gobernarse á sí mismas y todas las virtudes naturales en una progresiva democracia.

IV

El buen Aristófanes sintió las desgracias de Atenas y la decadencia que aquejara en la guerra del Peloponeso á la excelsa ciudad, atribuyéndolas sin fundamento, no á la degeneración y enfermedad agudísima del gobierno democrático, al gobierno democrático en esencia. Para él, Cleón, es decir, la demagogia, equivale á Pericles, ó sea en puridad á la democracia. De aquí, de tal idea, parten sus invectivas terribles al pueblo, sus movimientos desordenados contra toda la igualdad democrática, sus acerbos discursos, sus sátiras lanzadas no sólo sobre todo cuanto hay de perturbado y excesivo en los gobiernos democráticos cuando se pervierten, sino sobre todo lo que hay de justo y recto en esa plena vida de la libertad y del derecho. Confesemos, sin embargo, que hombres como Cleón, elevados á las alturas sin méritos propios, tenían que halagar las malas pasiones del pueblo para sobreponerse á él, alzándose tristemente sobre sus defectos y sobre sus vicios. ¿Quién podía reemplazar la elocuencia de Pericles? ¿Quién podía ejercer aquella fascinación ejercida por su alma? ¿Quién podía dirigir una guerra con su incomparable prudencia? Así cuando les abandonó el genio de Pericles cayeron en la guerra perpetua, y tal guerra perpetua con sumo empeño Aristófanes ridiculiza en su *Lysistrata*. Pocas veces hase burlado satírico ninguno con tanta gracia del excesivo influjo que pretenden alcanzar las mujeres sobre las determinaciones políticas de los hombres. ¿Qué hubiera dicho si viera nuestras más excelsas y hermosas damas, tenidas en culto idolátrico por nosotros, yendo á las presidencias de nuestros gobiernos en demanda y requerimiento de clausura y prohibición del templo evangélico, que recordará una herejía y una separación lamentables, pero que también representa una iglesia del Espíritu, del Verbo, del Dios cristiano? En esta edad materialista, cuando á cada paso un abismo se abre, cuando hasta los ejercicios con la pelota y el recreo de los trinquetes provocan el juego de azar y las ruinosísimas apuestas, cuando el desenfreno en los bailes llega, según dicen las publicaciones diarias, hasta los últimos excesos, un templo más nos recuerda en último término que nuestro Dios está en el cielo y que á nuestra muerte se le reserva una perdurable inmortalidad. Y contra el ateísmo que devasta las conciencias, contra la moral utilitaria que rompe todos los grandes resortes de nuestra voluntad, contra el arte realista que apaga el ideal, no queda otro recurso más que una identificación de las almas creyentes y piadosas en el espiritualismo cristiano.

Madrid, 3 de enero de 1893

GALILEO GALILEI

Hace poco más de un mes, el 7 de diciembre último, la antigua y famosa universidad de Padua celebraba con gran solemnidad y aparato la fecha en que trescientos años atrás había tomado Galileo posesión de la cátedra de Física de aquel establecimiento docente.

Con este motivo se han evocado recuerdos y detalles de la vida de aquel grande hombre, que consideramos oportuno reproducir á nuestra vez, dispuestos, como siempre estamos, á tributar un homenaje de consideración al genio, máxime cuando el genio es tan útil á la humanidad como el docto italiano.

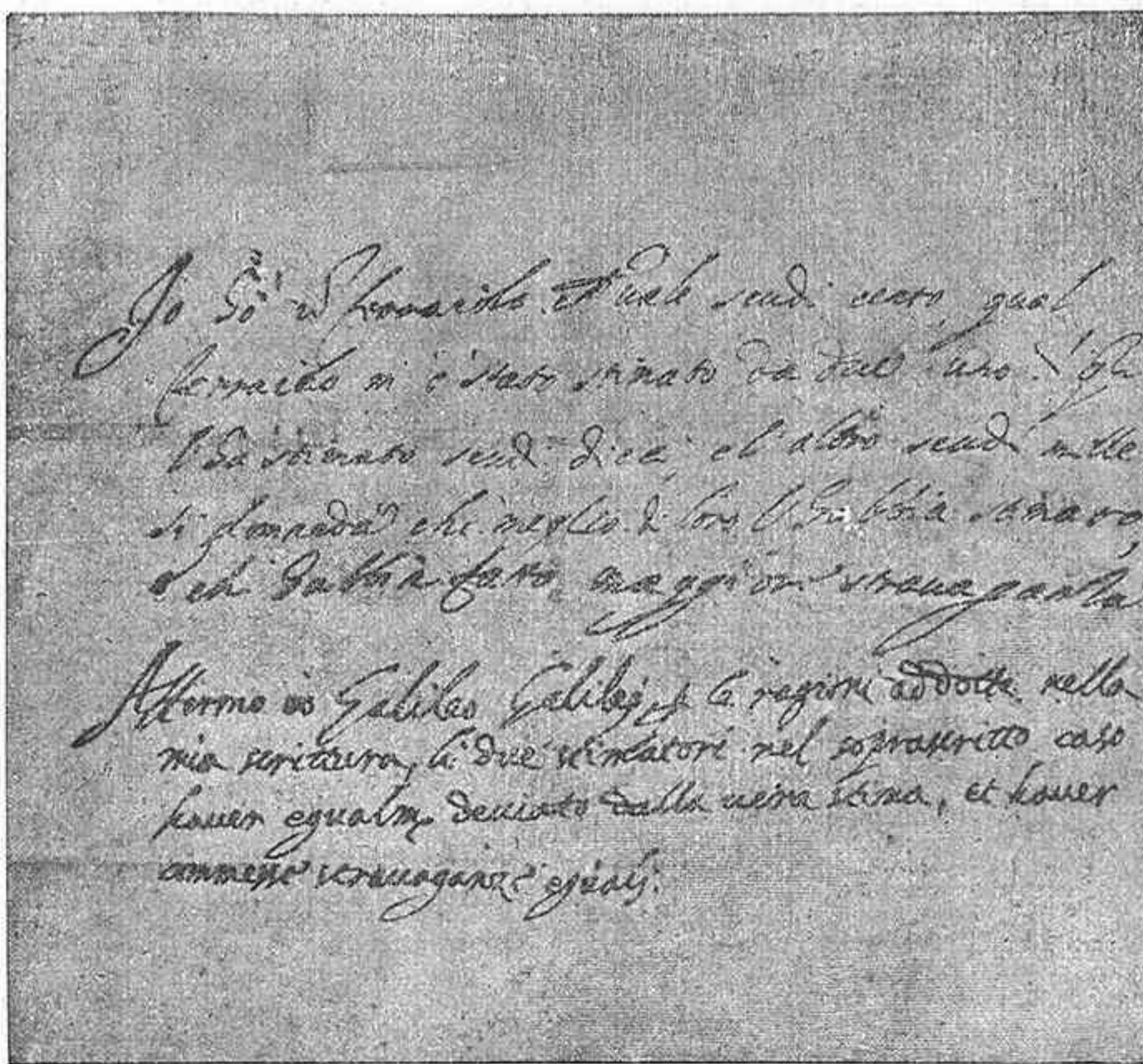
Nacido en Pisa en 1564 de una noble familia oriunda de Florencia, sus padres le hicieron seguir la carrera de Medicina y Filosofía en la Universidad de su ciudad natal; mas las doctrinas peripatéticas que á la sazón predominaban no lograron satisfacer su penetrante inteligencia. Desde entonces dejó advenir las luchas que había de sostener en su vida,

oponiéndose á las doctrinas de Aristóteles, lo cual le atrajo el antagonismo de sus profesores. Era aún alumno de aquella Universidad cuando á la edad de diez y nueve años hizo uno de sus más hermosos descubrimientos. Hallábase un día en la catedral; su mirada reflexiva fijóse en una lámpara suspendida en la bóveda y á la cual acababa el sacristán de comunicar un movimiento oscilatorio al ir á encenderla. Notó Galileo que las oscilaciones eran de la misma duración por más que su amplitud disminuía poco á poco, y esta observación le inspiró la idea de aplicar el péndulo á la medida del tiempo, idea sobre la cual volvió á meditar más tarde y que no se realizó sino después de su muerte.

Pero el descubrimiento que verdaderamente le ha immortalizado fué el de las leyes del movimiento de los cuerpos sometidos á la acción de la gravedad.

Para comprender bien la gran parte que tuvo Galileo en los modernos descubrimientos cósmicos, basta abarcar con mirada sintética las ideas que acerca del universo predominaban en las mentes de los hombres hasta él y aun después de él.

Los antiguos, para obtener una explicación racional de los movimientos de los astros, necesitaban un principio, racional también, al que coordinarlos todos;



UN AUTÓGRAFO DE GALILEO

pero no tuvieron intuición del verdadero y apelaron arbitrariamente al axioma geométrico de que en el universo todo debe explicarse por medio del movimiento circular y uniforme. Así lo admitieron como base de principios abstractos, subjetivos, ni demostrados ni demostrables, á los cuales procuraron reducir el mundo, como en un lecho de Procusto.

Los antiguos desconocieron la ciencia del movimiento, esto es, el conocimiento de las leyes que lo rigen y lo ligan indisolublemente á las fuerzas que lo engendran; ignoraron, á la vez que dicha ciencia, la ley física de la gravitación universal, ciencia y ley que han transformado el problema del Universo, y de geométrico, como antes se consideraba, lo redujeron á ser pura y esencialmente mecánico.

Galileo fué el creador de la ciencia en cuestión; el primero que analizó la aceleración que adquiere el movimiento por efecto de la acción de una fuerza constante, que fundó bajo los conceptos de inercia, aceleración y movimientos componentes y resultantes la teoría completa de los cuerpos graves que caen con movimiento rectilíneo, y que analizó exactamente el movimiento curvilíneo parabólico de los lanzados oblicuamente. También fué quien abrió, quien despejó, según la expresión de Foscolo, las vías del firmamento á Newton, el sabio inglés que tan alto supo remontar su vuelo por ellas.

Copérnico devolvió á la Tierra la teoría de su movimiento, columbrado, más bien que demostrado, por algunas escuelas antiguas; Galileo defendió con todas sus fuerzas, difundió, emitió el atrevido concepto de que la Tierra se mueve, y nosotros con ella, por el espacio interplanetario, y estudió el movimiento de los graves que en la superficie de la Tierra tienden á su centro; Kepler descubrió las leyes experimentales del movimiento central; Newton, reduciéndolo todo á síntesis y coordinándolo, demostró que la causa en virtud de la cual caen todos los cuerpos en la superficie de la tierra es de la misma naturaleza que la que obliga á los planetas á circular alrededor del sol, obe-

deciendo á las leyes deducidas experimentalmente por Kepler.

Copérnico, Galileo, Kepler, Newton son otros tantos nombres indisolublemente unidos al descubrimiento de la gravitación universal y á las nuevas ideas sobre el Universo.

Todo se mueve, decimos ahora generalizando el *e pur si muove* atribuido á Galileo. La idea fecundísima del movimiento nació, á decir verdad, con el sistema de Copérnico; pero el talento del físico italiano supo hacer de ella una nueva ciencia. En un principio la reconoció y aplicó al gran sistema solar, y en su desarrollo siguió una senda opuesta á la universalmente trillada; del sistema solar descendió á los sistemas menores de todos los planetas, de éstos á los planetas mismos, á cada cuerpo cósmico, á cada cuerpo terrestre y hasta á cada molécula.

Pero estos importantísimos descubrimientos, estos triunfos del talento y de la observación de Galileo, no los alcanzó este grande hombre sin concitarse el odio de los teólogos y peripatéticos que, rechazando sus ideas, mostrábase ardientes partidarios de la inmovilidad de la Tierra. Comenzóse á calumniarle cerca de la corte pontificia, diciendo que sus opiniones astronómicas y sus descubrimientos estaban en contradicción con varios pasajes de las Sagradas Escrituras.

Antes de atreverse á acusarle abiertamente se le tendió un lazo; denunciáronse á la Santa Sede las doctrinas de Copérnico con el objeto evidente de obligarle y comprometerle á salir á su defensa, como era fácil suponer. En efecto, Galileo las defendió porque sabía que eran la verdad, pero lo hizo con una hábil prudencia. Dijo que los pasajes de la Biblia que se oponían á la verdad científica habían sido mal interpretados, y que además el fin de las Sagradas Escrituras era la salvación de los hombres y no la enseñanza de la Astronomía. Estas declaraciones no dejaron satisfechos á los jueces, que pronunciaron la sentencia siguiente: «Sostener que el Sol está colocado inmóvil en el centro del mundo es una opinión absurda, falsa en Filosofía y formalmente herética, porque es expresamente contraria á las Escrituras. Sostener que la Tierra no está colocada en el centro del mundo, que no es un punto inmóvil y que tiene un movimiento de rotación, es también una proposición absurda, falsa en Filosofía y no menos herética en la fe.»

Al comunicar esta sentencia á Galileo se le advirtió, por medio del cardenal Bellarmino, que se abstuviera de defender en el porvenir las ideas condenadas. Prometió Galileo todo lo que se le exigió y se apresuró á volver á Florencia. Una vez allí no se creyó obligado á obedecer, y en lugar de cambiar de opinión sobre el movimiento de la Tierra y la rotación del Sol sobre su eje, sostuvo el nuevo sistema con más ardor que nunca, y se dedicó á reunir las necesarias pruebas que debían darle el triunfo. Concibió la idea de escribir un libro que pusiera al alcance de todas las inteligencias las verdades que había descubierto, y lo publicó en 1632 con este título: *Dialoghi quattro, sopra i due massimi sistemi del mondo, Ptolomaico et Copernicanum*. La obra fué entregada á la Inquisición, y Galileo, á los setenta años, hubo de comparecer ante aquel tribunal. Llegó á Roma el 10 de febrero y fué encerrado en el palacio de la Trinidad del Monte, residencia del embajador de Toscana, siendo tratado materialmente con ciertas consideraciones. Se le aconsejó en secreto que reparara el enorme escándalo que había dado al mundo proclamando el movimiento de la Tierra, que es absurdo, puesto que está escrito: *Terra autem in aeternum stabit quia in aeternum stat*. A todas las razones astronómicas que daba el sabio oponíase la imposibilidad de que Josué hubiera podido detener el Sol si este astro estaba fijo, como Galileo sostenía. Las pruebas científicas eran acogidas con indiferencia.

El proceso duró veinte días; Galileo, intimidado por el rigor de sus jueces y viendo que sus razonamientos no podían ser comprendidos por inteligencias tan obtusas, abandonó, por decirlo así, su propia defensa. El 30 de abril de 1637 declaráronse cerrados los debates y se le ordenó que pronunciara solemnemente la abjuración de su doctrina. De antemano se había establecido el ceremonial: el ilustre anciano se arrodilló delante de sus jueces, y con la mano colocada sobre el Evangelio y con la frente inclinada pronunció las siguientes frases: «Yo Galileo Galilei, florentino, de setenta años de edad, constituido personalmente en juicio y arrodillado ante vosotros, eminentísimos y reverendísimos cardenales de la Iglesia

universal cristiana, inquisidores generales contra la malicia herética, teniendo ante mis ojos los santos y sagrados Evangelios, que toco con mis propias manos, juro que he creído siempre y que creo ahora, y que, Dios mediante, creeré en el porvenir, todo lo que sostiene, practica y enseña la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. He sido juzgado vehementemente sospechoso de herejía por haber sostenido y creído que el Sol era el centro del mundo é inmóvil, y que la Tierra no era el centro y que se movía; por eso hoy, queriendo borrar de las inteligencias de vuestras eminencias y de las de todo cristiano católico esta sospecha vehementemente concebida contra mí con razón, con sinceridad de corazón y una fe no fingida, abjuro, maldigo y detesto los antedichos errores, y en general todo otro error, etcétera.»

Según dice la tradición, al levantarse Galileo dió con el pie en tierra y exclamó: *E pur si muove*. Si pronunció esta frase, sin duda fué mentalmente, puesto que se hallaba enfrente de enemigos demasiado feroces para perdonársela. Mas no importa que así fuera: la voz del género humano, al pronunciarla por él, le vengará eternamente de sus perseguidores.

Mostráronse satisfechos los jueces con esta retractación, pero aún quisieron continuar su venganza y dictaron contra él la sentencia siguiente:

«Siendo tú, Galileo, hijo del difunto Vicente Galileo, florentino, de edad á la presente de 70 años, el que fuiste denunciado en 1615 á este Santo Oficio:

»Que tienes por verdadera la falsa doctrina enseñada por muchos de que el Sol sea el centro del mundo é inmóvil y que la Tierra se mueva también con movimiento diurno;

»Que tenías algunos discípulos á los cuales enseñabas la misma doctrina;

»Que sobre ella has tenido correspondencia con algunos matemáticos de Alemania;

»Que has hecho imprimir algunas cartas tituladas *De las manchas solares*, en las cuales desarollas igual doctrina como verdadera;

»Y que á las objeciones que á las veces se te hacían tomadas de la Sagrada Escritura, respondías comentando dicha Escritura conforme á tu sentido; y sucesivamente se presentó copia de un escrito en forma de carta, que se decía escrita por ti á un discípulo tuyo, en la cual siguiendo la proposición de Copérnico se contienen varias proposiciones contra el verdadero sentido y autoridad de la Sagrada Escritura;

»Queriendo este Santo Tribunal prevenir el desorden y el daño que de aquí puede seguirse y crecer con perjuicio de la Santa Fe; de orden de Nuestro Señor y de los Eminentísimos señores Cardenales de esta suprema y universal Inquisición fueron por los calificadores Teólogos calificadas las dos proposiciones de la estabilidad del Sol y del movimiento de la Tierra, esto es:

»Que el Sol sea centro del mundo é inmóvil de movimiento local, es proposición absurda y falsa en Filosofía y formalmente herética por ser expresamente contraria á la Sagrada Escritura;

»Que la Tierra no sea el centro del mundo inmóvil, sino que se mueva también con movimiento diurno, es igualmente proposición absurda y falsa en Filosofía y considerada en Teología *ad minus* errónea en Fe.»

Después de estas premisas dignas en verdad de gentes que tan gran prueba daban de su ignorancia, se agregaba que Galileo había incurrido en todas las

censuras y penas conminadas por los Sagrados Cánones, concluyendo así la sentencia:

»Para que este grave y pernicioso error tuyo y transgresión no quede por completo impune, y seas más cauto en lo sucesivo, y sirvas de ejemplo á los demás para que se abstengan de delitos semejantes, ordenamos que por edicto público se prohiba el *Libro de los diálogos* de Galileo Galilei; y te condenamos

nación, los tomó como guía infalible de sus estudios.

Demostó que los hechos recogidos en virtud de una observación constante se pueden luego dominar con la labor de la mente; que si la imaginación no precede á la observación, sino que va en pos de ella, siempre halla modo de ejercer en la naturaleza su poder creador; que del trabajo combinado de la observación con el pensamiento surgen maravillosos edificios, sencillos en sí mismos, complejos como la propia naturaleza en sus manifestaciones.

En los principios fecundos iniciados por Galileo se inspiraron los hombres de ciencia que le sucedieron, y á esos principios se debe el gran movimiento científico moderno que hace maravillillar con los milagros de sus descubrimientos, con el genio de sus aplicaciones técnicas.

Galileo es así el verdadero iniciador de la ciencia moderna: no se presentó entre dos siglos armados uno contra otro para erigirse en árbitro de sus discordias; sino que, circundado de la aureola de gloria más envidiable, aparece entre dos eras científicas, la antigua y la nueva.

Su figura descuella entre los contemporáneos y ningún progreso de sus sucesores puede disminuir su esplendor. Es el primer hombre verdaderamente moderno.

Los grabados que, referentes á la existencia de este grande hombre, incluímos en el presente número, merecen explicación aparte, aunque á continuación de las líneas que le hemos dedicado.

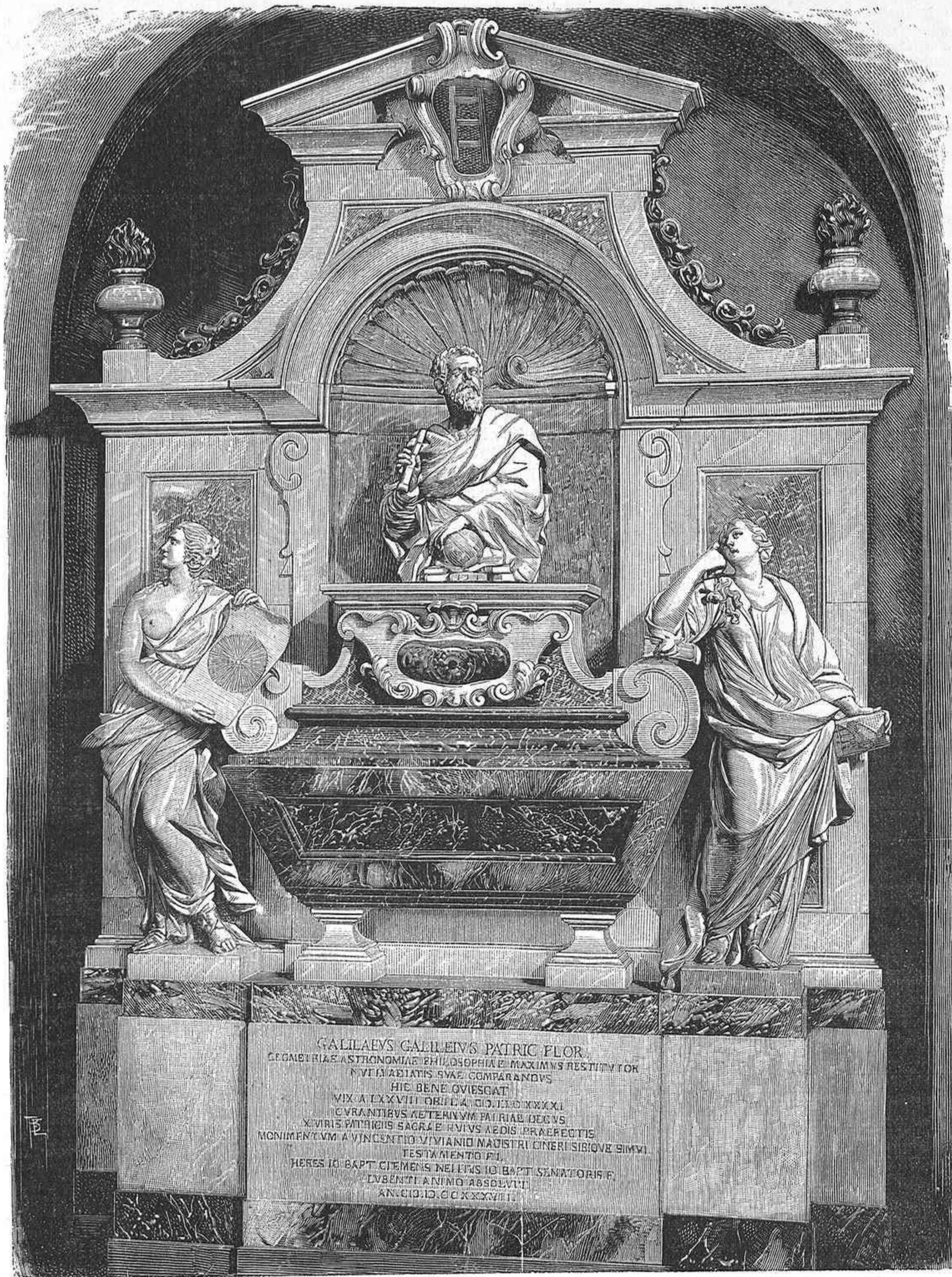
Es el primero uno de los mejores retratos de Galileo, pintado por Julio Subtermans, y que se conserva en la Galería de los Oficios de Florencia. En él está Galileo presentado casi de frente, descubierta, con los ojos reflexivos, y la frente, como diría un poeta, grávida de inmensas ideas. Julio Subtermans fué uno de los pintores flamencos enamorado del bello cielo italiano: nacido en Amberes en 1597, pasó, aún joven, á Florencia, donde fué bien acogido por Cosme II, logró adquirir renombre y murió en 1681.

Entre las muchas memorias del ilustre físico existentes en Pisa figura la casa en que nació el 18 de febrero de 1564, como se lee en la inscripción fijada en ella en 1864. — Pendiente del centro de la cúpula de la catedral de la misma ciudad se conserva aún la lámpara á que antes nos hemos referido y que fué fabricada por Vicente Possenti; concócese hoy con el nombre de *Lámpara de Galileo*.

En Padua existe la casa habitada por él y en la que instruía á numerosos discípulos.

La fachada del Bo, representada en otro grabado, no es otra sino la de la antigua Universidad paduana. Donde hoy está este edificio había en el siglo XIII un palacio con dos torres de los Carrara. En 1364 este palacio fué convertido en posada, y en él se puso una muestra en que había un buey (*bo* en dialecto veneciano); en 1492 fué adquirido por el gobierno de la República véneta para instalar en él las cátedras universitarias diseminadas á la sazón en varios puntos de la ciudad de Padua. Donde estaban las cuerdas surgieron las aulas; al antiguo nombre de *Hospitium Bovis* sustituyó el de *Sapientia*; pero todo el mundo siguió llamando *el Bo* al edificio y Universidad, y aun hoy los paduanos viejos para decir Universidad dicen *el Bo* y nada más.

En esta Universidad y precisamente en el gabinete de Física se conserva una reliquia de Galileo; es la quinta vértebra lumbar de este grande hombre. Encargado el célebre médico y matemático Antonio Cocchi de trasladar los huesos de Galileo desde el claustro á la iglesia de Santa Cruz, sustrajo esta vérte-



MONUMENTO Á GALILEO EN SANTA CROCE DE FLORENCIA

á la cárcel formal de este Santo Oficio por el tiempo que nos plazca y á nuestro arbitrio; y para penitencia saludable te imponemos que durante tres años digas una vez por semana los siete salmos penitenciaros, reservándonos la facultad de moderar, cambiar ó levantar toda ó parte de dicha pena y penitencia.»

El papa Benedicto XIV anuló muchos años después esta absurda sentencia: los partidarios de la vetusta idea de la inmovilidad y fijeza de la Tierra fueron desapareciendo poco á poco, y hoy día la teoría del movimiento de nuestro globo se enseña en todas partes, hasta en Roma.

Galileo fué el vigoroso atleta que logró comunicar á las inteligencias nueva costumbre de pensar. Antes de él todo se basaba en el *a priorismo* y en el raciocinio deductivo; considerábanse los hechos como cosa secundaria, y debían plegarse, retorcerse, hasta reducirse y adaptarse al cuadro para ellos concebido por el pensamiento. Galileo dió al traste con tan funesto y estéril orden de cosas; vió en los hechos los verdaderos é insustituibles maestros del pensador, y en vez de reducir los hechos á esclavos de la imagi-

bra y se la legó á su hijo Raimundo. La preciada reliquia pasó luego de mano en mano hasta que el doctor Thiene la donó en 1823 al Ateneo de Padua. No cabe duda sobre su autenticidad, probada con documentos.

En el Prado del Valle se elevó en el siglo pasado la estatua del físico italiano representada en nuestro grabado, obra del escultor paduano P. Danicetti, el cual lo figuró en actitud de contemplar el sol, con la mano diestra levantada, mientras que la siniestra empuña un telescopio.

Extramuros de Florencia subsiste aún la Torre del Gallo, célebre por haberla habitado Galileo, y sobre todo porque le sirvió de observatorio astronómico. Esta torre, propiedad hoy del conde Paolo Galletti, ha sido restaurada en 1877.

El museo galileiano de dicha torre contiene manuscritos preciosos de Galileo ó referentes á él. Damos los facsímiles de dos de ellos: uno es la carta del inquisidor de Florencia al arzobispo Nicolini, en que trata de la sentencia dictada contra aquél; otro el de un autógrafo de Galileo, que revela las miserias con que debió luchar aquel hombre eminente.

Finalmente, el monumento de Galileo, erigido en la iglesia de Santa Cruz, es obra del escultor José Signorini, muerto en 1821. — M. A.

LA DAMA NEGRA

(Conclusión)

Inmediatamente me vino á las mientes el recuerdo de la dama negra.

— ¿Una francesa llamada Genoveva?, le pregunté.

— Justamente.

— ¿La conoce usted?

— Algo.

Entonces me asaltó otro recuerdo: una pregunta que me había hecho la dama negra.

— ¿Sería usted Jorge Manrique?

— Quizá, me contestó sonriendo el doctor Almagro. Es un nombre de guerra como otro cualquiera; pero ¿quién se lo ha dicho á usted?

— La dama negra.

— ¿Cómo?

— Así la llamábamos en el Suizo.

— ¡Ah, ya!, ¿por qué viste de negro?

— Sí.

— ¿Y le preguntó á usted por mí, es decir, por Jorge Manrique?

— Sí, en un revuelo de la conversación.

— ¿Y qué opina usted de esa señora?, me preguntó el doctor, mirándome con fijeza.

— Que es una persona muy simpática, muy discreta y algo misteriosa. Siento que haya desaparecido del Suizo.

— Puede que el mejor día aparezca.

— ¿De modo que usted la conoce?

El doctor tardó en contestarme; parecía como que titubeaba. Luego prosiguió diciendo:

— La historia de la dama negra, como usted la llama, es una historia.

— Probablemente lastimosa como casi todas.

El doctor sacó el reloj y miró la hora. Luego dijo:

— Tengo que ver á un enfermo de cuidado. ¿Va usted todas las noches al Suizo?

— Todas hace veinticinco años.

— ¿A qué hora?

— Desde las once y media hasta que se cierra.

— Pues mañana le buscaré á usted allí. Hablaremos de la dama negra. Por causa suya me hallo en un conflicto, y no me vendrá mal un buen consejo, aunque sé que los consejos se piden para no seguirlos.

V

A la noche siguiente, en el café Suizo supe *in pártibus* la historia de la dama negra.

— A últimos del pasado mes de junio, según costumbre anual, dijo el doctor Almagro, me hallaba en París, en excursión veraniega. Vivía en la calle de Castiglioni, y todas las noches, antes de entrar en el hotel, me daba una vuelta por la plaza del Palais Royal.

— Lo comprendo, le interrumpí. Allí van muchas beldades acaloradas á tomar el fresco.

— Pues bueno: allí conocí á Genoveva, ó sea la dama negra.

Yo hice un gesto.

— Comprendo lo que significa esa mueca, prosiguió el doctor. Abordé á la susodicha, que desde un principio me llenó el ojo. Estaba sentada en una silla y sola. Fuí bien acogido y pareceme que conseguí entretener á Genoveva, no sé si con mis chistes ó con mis atropellos de gramática francesa. Usted sabe que el que entretiene á una mujer la tiene medio vencida, y con esto y con no creer yo en la virtud en el Palais Royal, comencé á permitirme ciertas libertades.

— Lo supongo.

— Pues amigo mío, desde un principio Genoveva me paró los pies.

— ¡Vaya!

— Como usted lo oye. Es honrada hasta la inverosimilitud: tengo motivos para asegurarlo. Hízome es-

tar con juicio. Desde luego, como á usted, me atrajo su conversación. Es sencilla y discreta. Me contó su pequeña historia (galicismo). Encontrándose sola y desamparada en Angulema, se vino á París á trabajar, y hacía siete años que estaba empleada en el bazar del Louvre ganando ciento cinco francos mensuales. Su vida era monótonamente triste: desde su cuartito de la calle de Rívoli se iba al bazar; almorzaba y comía en un *restaurant* barato; por las noches paseaba ó se sentaba á tomar el fresco en el jardín de las Tullerías ó en el del Palais Royal, hasta que se retiraba á su casa. ¿Comprende usted esta vida en París á fin de siglo?

— En las mujeres lo comprendo todo.

— Entonces no hallará usted inverosímil el que Genoveva se me resistiese días y días.

— ¡Pst!

— Desde un principio se me cuadró. «Es inútil, me dijo, cuanto usted haga; yo... fuera del matrimonio no tendré amores.» La propuse traérmela á España y asegurarla una posición desahogada. Todo fué en vano, no quiso aceptar de mí ni una taza de café; pues, según decía, la que toma se obliga á dar. Aburrido de aquellas relaciones menos que platónicas, dejaba de verla durante dos ó tres días, pero volvía á buscarla, encontrándola siempre invariablemente sola en alguno de los dos jardines ya mencionados. Me recibía con amabilidad, no preguntándome nunca el motivo de mis ausencias. Procuraba descartar las conversaciones amorosas. Hablábamos de Francia, de España, de música, de los astros, ¡qué se yó!

El doctor hizo una pausa y prosiguió diciendo:

— Pues bien, amigo mío, ¿creerá usted que no podía pasarme muchas noches seguidas sin aquellas pláticas abstractas?

— Lo que creo, amigo doctor, que estaba usted y tal vez esté todavía *abulelado* por la francesa.

— Quizá sí, y me lo confirma el resto de esta historia, que no sé si hallará usted interesante.

— Mucho, porque conozco á la protagonista y admiro su virtud ó su habilidad.

— Pues bueno, continuó diciendo, que la resistencia de Genoveva me tenía en un constante estado de excitación nerviosa, cuando la suerte, que á veces ayuda á los pícaros, vino á calmarla.

— ¡Hola, hola!

— A fuerza de ruegos y de repetirla que sería por última vez, conseguí que el día de mi cumpleaños aceptase Genoveva una modesta comida en un modesto *restaurant*, en donde hay unos gabinetes muy cucos.

— ¡Ah! ¡Ya!

— No sé lo que allí pasó... Nos excedimos en la bebida, sobre todo ella, que no estaba acostumbrada. Hablamos de descubrimientos, y yo... la hipnoticé.

— ¡Demonio!

— Desde entonces ignoro lo que sucedió. Creíme metido en un lío y me azoré. Pagué al mozo la cuenta de la comida. Con el gabán y el sombrero puestos la desperté del sueño hipnótico, y antes de que ella pudiera darse cuenta, salí del *restaurant* y al día siguiente me fuí á Bruselas.

— ¿Despedida á la francesa?

— No, á la española, del peor género.

— Si yo no hubiese visto en Madrid á esa buena *demoiselle* hipnotizada, supondría que aquí acababa la historia; pero es de creer que tiene segunda parte.

— Y como todas, no buena. Oiga usted.

VI

— Estuve un mes en Bruselas y cerca de dos en Londres. Volví á París á mediados de septiembre. Me escarabajeaba el deseo de ver á Genoveva, con tanto más motivo, cuanto que después de la sesión de hipnotismo del *restaurant* sentía escrúpulos de conciencia; pero recelaba presentarme á ella. Vacilé durante dos ó tres días, como estoy vacilando hace seis meses. Me decidí por fin, y como hacía un calor rezagado, la busqué á la hora de costumbre en Palais Royal. No estaba, pero no tardé en verla venir por una galería. Había engruesado.

— ¡Ya lo creo! Con los disgustos se echan carnes á la entrada del otoño.

— Búrlase usted, pero le aseguro que me temblaban las mías al abordar á Genoveva. Apenas me vió hizo una mueca indescriptible y quedóse parada. Yo la saludé con un ademán y con el sombrero en la mano. Ella entonces aproximóse á mí, me dijo en voz muy baja: «Es usted un mal hombre,» y siguió andando sin volver á mirarme. La seguí; se sentó en una silla del jardín, yo volví á acercarme á ella con aire contrito, y algo aturdido la dije con humilde acento: «Permítame usted dos palabras,» como ella no contestó me senté á su lado, y no fueron dos sino muchas con las que yo traté de disculparme. Le pinté

mi amor inmenso é indestructible, apelé á su buen juicio respecto á los peligros de una comida en que se hace algún exceso de bebida, le reiteré mis ofertas de traerla á España y atenderla siempre, lo cual, por el extremo á que habían llegado las cosas, era un deber en mí. Estuve elocuente y caluroso, pues me hallaba verdaderamente conmovido; pero ella me oyó impasible. Mientras yo hablaba me miraba con fijeza como si quisiera escudriñar la verdad de mis palabras, y cuando concluí de hablar, dijo: «Las pruebas valen más que las palabras. — Yo probaré á usted mi eterno cariño. — Ya conoce usted mis ideas: no concibo el amor fuera del matrimonio,» y al decir esto se puso la manteleta que se había quitado y se levantó en ademán de irse. La palabra matrimonio siempre me ha sonado fatídicamente y mucho más pronunciada por una mujer á quien apenas conocía. Quedéme sin saber qué decir, hasta que al fin dije: «Pero, Genoveva, ¿es posible que siendo usted tan discreta se fije en una nimiedad?» Ella no contestó y echó á andar. La acompañé hablándole á mi parecer persuasivamente. Ella me oía en silencio y cada vez andaba más de prisa. «Genoveva, insistí yo, en el estado á que han llegado las cosas no tiene usted derecho á rehusar mis ofertas. — ¿No tengo derecho á no ser una *manteneda*? ¿Por qué?» Yo respondí titubeando: «Porque dentro de poco su vida de usted va á ser... muy difícil.

— La sobrellevaré. No tenga usted cuidado de que falte á mis deberes. — ¡Pero Genoveva!.. — Buenas noches, caballero.» Habíamos llegado á la puerta de su casa de la calle de Rívoli. Yo no supe qué decir, ni aun contestar á su despedida, y me quedé, como quien dice, con un palmo de narices. Estuve dos ó tres días sin procurar ver á Genoveva. Otras dos ó tres noches seguidas la busqué en vano en los sitios de costumbre: el calor continuaba, pero ella no tomaba el fresco ó le tomaba en otra parte. Ocurrióme la idea de que pudiera estar enferma, pero la vi en el almacén del Louvre despachando. Cuando se quedó sola me aproximé á ella y le dije en voz baja: «Tengo que hablar con usted. ¿Irá usted esta noche al Palais Royal?» — No ando ya de noche, me contestó, me siento pesada...» Dijo estas palabras en un tono tan seco y tan frío, que me exasperó. Salí del Louvre resuelto á no volver á verla. Determiné anticipar mi regreso á España. Después de todo, aquella aventura había sido como otra cualquiera, pensaba yo; pero la voz de mi conciencia me desmentía... Porque yo, amigo mío, á pesar de mi despreocupación y de los juicios que de mí se hacen, tengo conciencia...

— Lo creo, interrumpí al doctor. Tiene usted conciencia mezclada con cierta dosis de *abulelamiento*, como ya he dicho otra vez. ¡Es tan bella la mujer que se nos resiste!

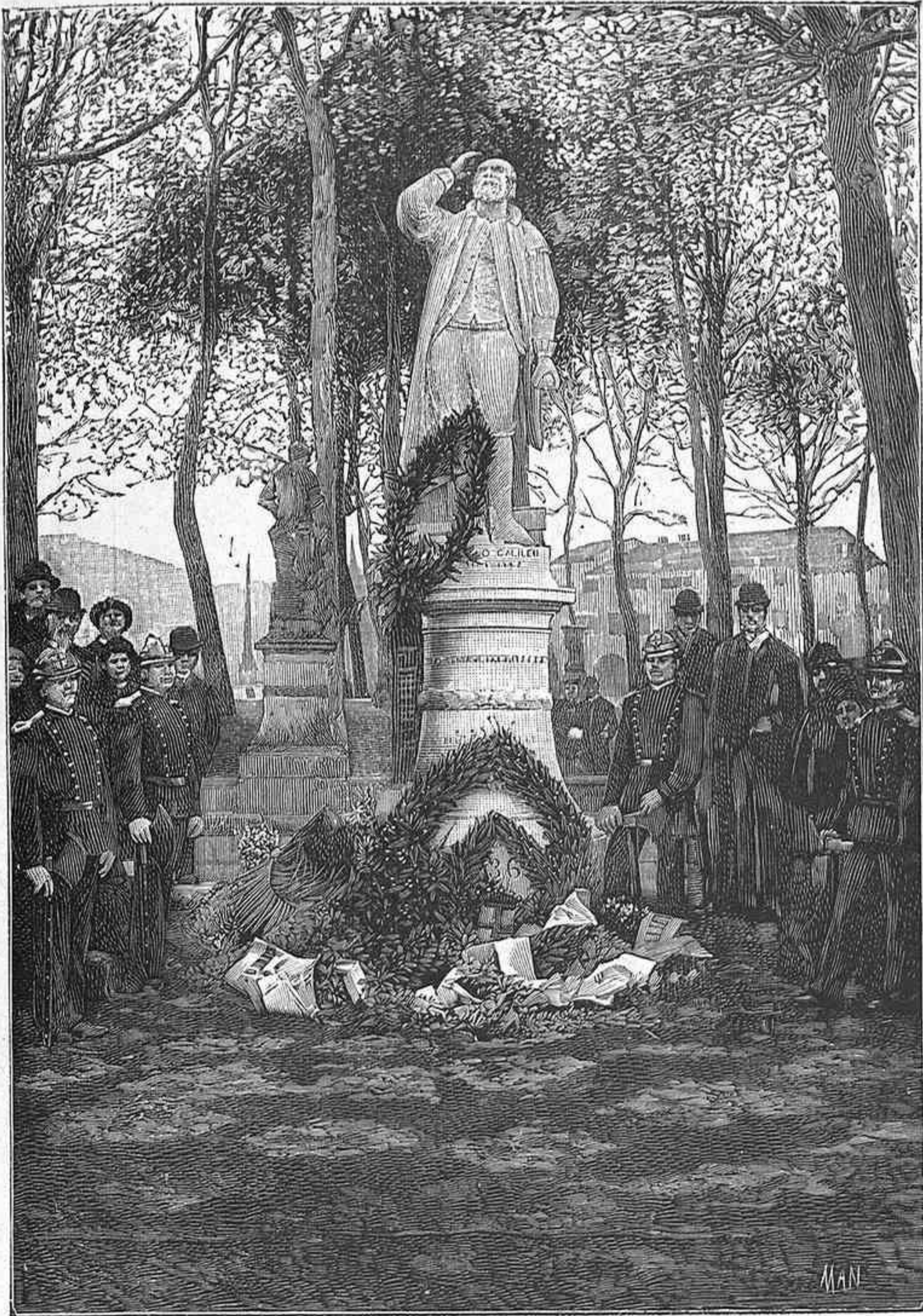
— La dama negra, como usted la llama, me ha puesto á mí verde. Hámlet en el monólogo de la incertidumbre no es nada, comparado conmigo.

El doctor Almagro parecía sofocado con el relato de su aventura; así es que pidió la segunda botella de cerveza, bebióse de un sorbo una copa, y siguió diciendo:

VII

— Cansado de cavilar y de combatir psicológicamente, encomendé á la Providencia la resolución de mi problema, lo cual no obsta para que todavía esté por resolver. Yo no podía resignarme á abandonar definitivamente á Genoveva, y como me urgía ya la vuelta á España, hice lo que los irresolutos: me proporcioné una tregua. Escribí una carta que decía así, poco más ó menos:

«Mi adorada Genoveva: deberes imprescindibles me llaman á mi país, pero yo no puedo dejar á usted para siempre. He aquí lo que la propongo. Venga usted á Madrid, donde la espero. Mis negocios me obligan á recorrer algunas provincias, y por lo tanto no sé si podré recibir á usted allí. De todos modos sólo será cuestión de semanas. Usted no tiene derecho á rehusar mis ofertas, porque dentro de poco estaremos unidos por un afecto común. Venga usted á Madrid, allí resolveremos lo que hemos de hacer y usted descansará por lo menos una temporada de su vida de trabajo. Con la cantidad adjunta puede usted hacer viaje de ida y vuelta, si usted resuelve volver á París, lo que Dios no quiera. Si por casualidad me retardo en ver á usted, retenido por ocupaciones ineludibles (que procuraré abreviar), no pase usted cuidado: mientras permanezca en Madrid puede usted contar con doscientos francos mensuales, que cobrará usted de uno de los socios del café Suizo (calle de Alcalá) cuya tarjeta le incluyo. La cantidad no es grande, pero usted es tan virtuosa que se resigna á vivir con menos. Nada pierde usted en este viaje, amada Genoveva, y ambos podemos ganar mucho. Piense usted en los deberes que le impone el estado en que se en-



MONUMENTO DE GALILEO, en la plaza Prato della Valle de Padua

cuenta, y no me haga usted el hombre más desdichado de la tierra. ¡Hasta vernos en España! ¿Verdad que sí?»

- A la corta ó á la larga casi todos hacen esa manobra. Usted tiene ya andada la mitad del camino.
- Pero es que tengo un lío anterior.

- ¡Ah! ¡Ya!
- Lío insostenible, que me pesa mucho, pero del que no sé cómo evadirme. ¡Ah! ¡Cuán caro pago mis locuras; estas complicaciones van á quitarme la vida!
- Al revés, si consigue usted sobrellevarlas.
- ¿Por qué?
- Por lo que dice Ayala en esta redondilla:

«Un amor puede importuno
Matar al hombre más grave:
Dos amores, no se sabe
Que hayan matado á ninguno.»

F. MORENO GODINO

LA BROMA

¿Lo que hombre dice de burla
de veras vas á tomar?
(Romancero)

La baronesa recibía los jueves. Era una señora que frisaba en los sesenta años: tez blanca, ojos azules, cabello de plata, dientes menudos y blanquísimos, claro talento, gracia, educación distinguida..., una de esas mujeres, en fin, que en el ocaso de la vida subyugan con su excelente trato, ya que no lo hagan como en otros tiempos por la fuerza de su excepcional hermosura.

A casa de la baronesa iba yo muchas veces. Allí se hablaba de todo, se cantaba, se tocaba el piano, se jugaba al tresillo, y hasta algunas veces había su poco de baile. Acudía mucha gente de distintas condiciones y diversas edades, pero el elemento joven era el que predomi-

naba. A la baronesa le gustaban la juventud y la alegría, no tanto por ella como por sus nietas, dos mujercitas de catorce y quince años que, como dijo alguno, mostraban en esperanza fruto cierto.

La noche aquella había bastante gente en la casa de la calle de Atocha: allí estaban Mad. de Saxe, extranjera que tanto llamó la atención á su llegada á Madrid por sus brillantes trajes y magníficos trenes; la joven condesa de Fuertes, la señora de San Jorge, una jamona que hace la competencia á cualquier joven, el académico Errando, Paredes el periodista..., en fin, una *sinfinidad* de gente, como afirma un señor que yo conozco y tiene sus ribetes de Escalada que debiera decirse para expresar una cosa sin fin.

Yo había llegado de los primeros y recuerdo que me encontraba muy ocupado en explicar á miss Gay, sobrina del embajador inglés de entonces, el argumento de un drama de ese pobre Barco que hace tres noches se ha pegado un tiro, cuando sobre el ruido de todas las conversaciones se oyó un campanillazo, y tras de breves momentos se presentó Elvirita Travado en la habitación.

Pequeña, morenita, con dos ojazos negros que ponían malo y movimientos de gato chiquito, la recién llegada, que representaba unos veintitrés ó veinticuatro años, pertenecía al número de mujeres que tienen el privilegio de hacer perder el juicio á todos los hombres.

Madrid entero la conocía, y algunos seguramente recuerdan todavía sus coqueterías, causa de un desafío entre un conocido marqués y un joven artillero

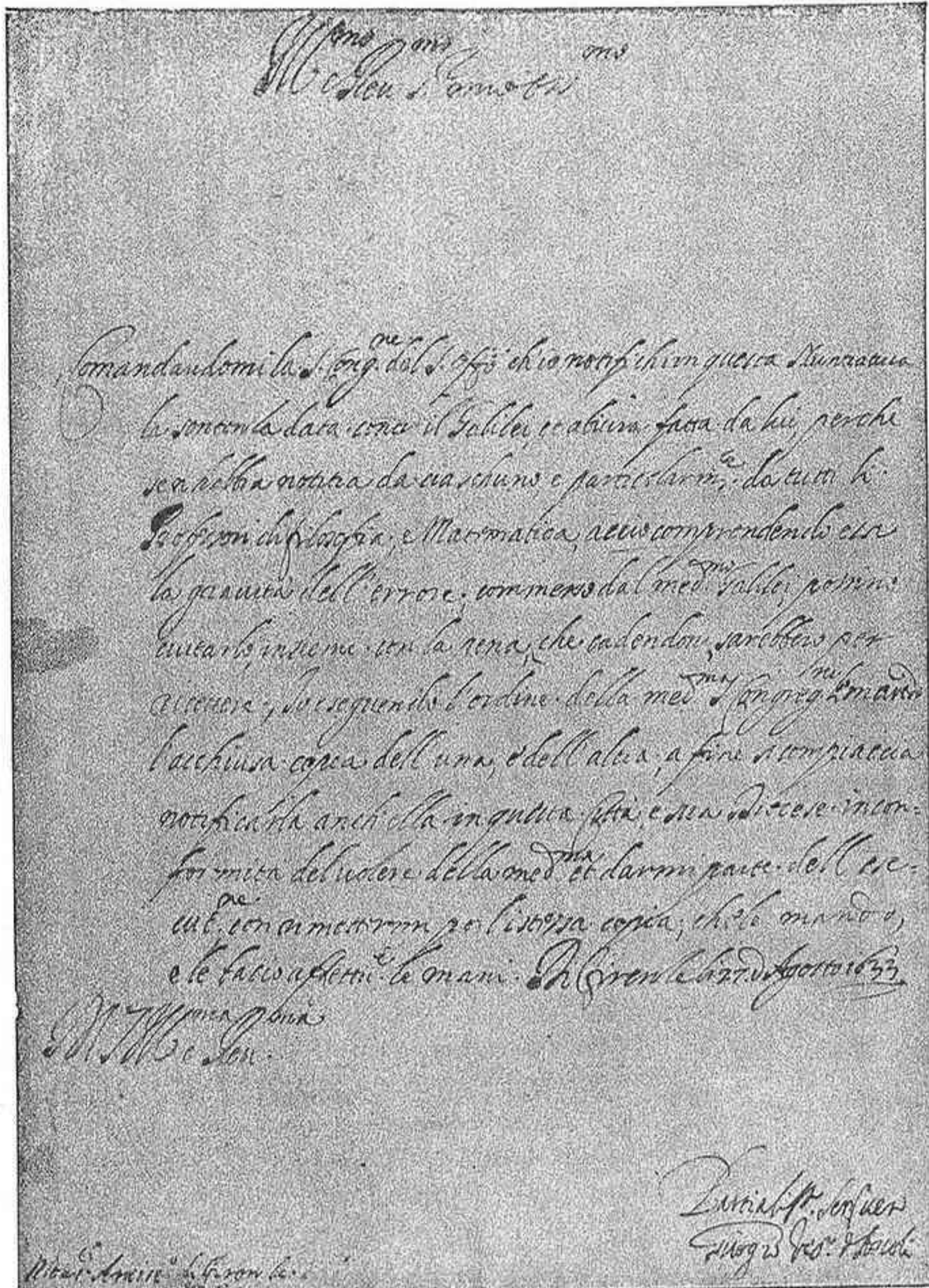


Quinta vértebra lumbar del esqueleto de Galileo, conservada en el Instituto de Física de la Universidad de Padua.

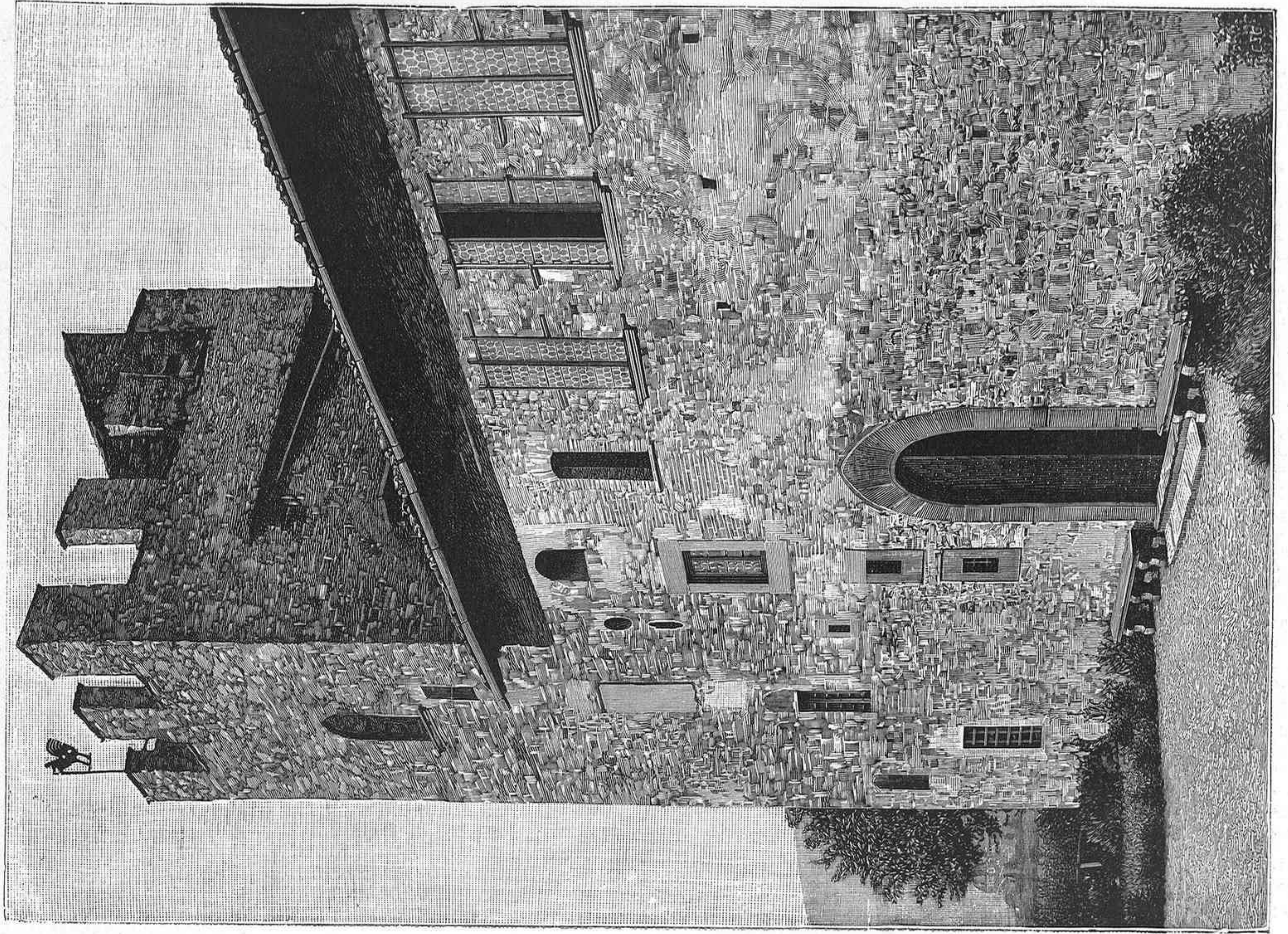
que en él perdió la vida, así como los conatos de suicidio de un estudiantillo que tuvo la debilidad de tomar en serio dos ó tres miradas que ella tuvo á bien concederle. Después se había casado y todo el mundo estaba conforme en que llevaba una vida ejemplar. Como las princesas de los cuentos para niños, había tenido muchos hijos, es decir, había tenido cuatro, que en cinco años de matrimonio es una cosa muy regular, y vióse consagrada á ellos y á su marido, un hombre tan bondadoso, que según aseguraban algunos malévolos todas las noches le tenía Elvira de Ceca para Meca, vigilando á las amas, cuidando de que no se desarropasen los mayorcitos, dando agua á quien se la pedía, y á veces, para librar á la señora de los gritos más ó menos desafortados de alguno de sus retoños que se desvelaba y tenía miedo, contando en traje de franela las aventuras de Pulgarcillo ó de Caperucita roja, hasta que conciliaba el sueño el mocosuelo.

Elvira se sentó y al poco rato la conversación se hacía general. Sin que recuerde cómo, púsose sobre el tapete la cuestión de los *canards* periodísticos, y el bueno de Paredes tuvo que ponerse hilas en los oídos para aguantar todo lo que aquellas señoras le dijeron. Con la mayor formalidad aseguraban que no se podía creer á un periodista, y como él se permitiese hacer una débil defensa de la clase, por poco le excomulgaban.

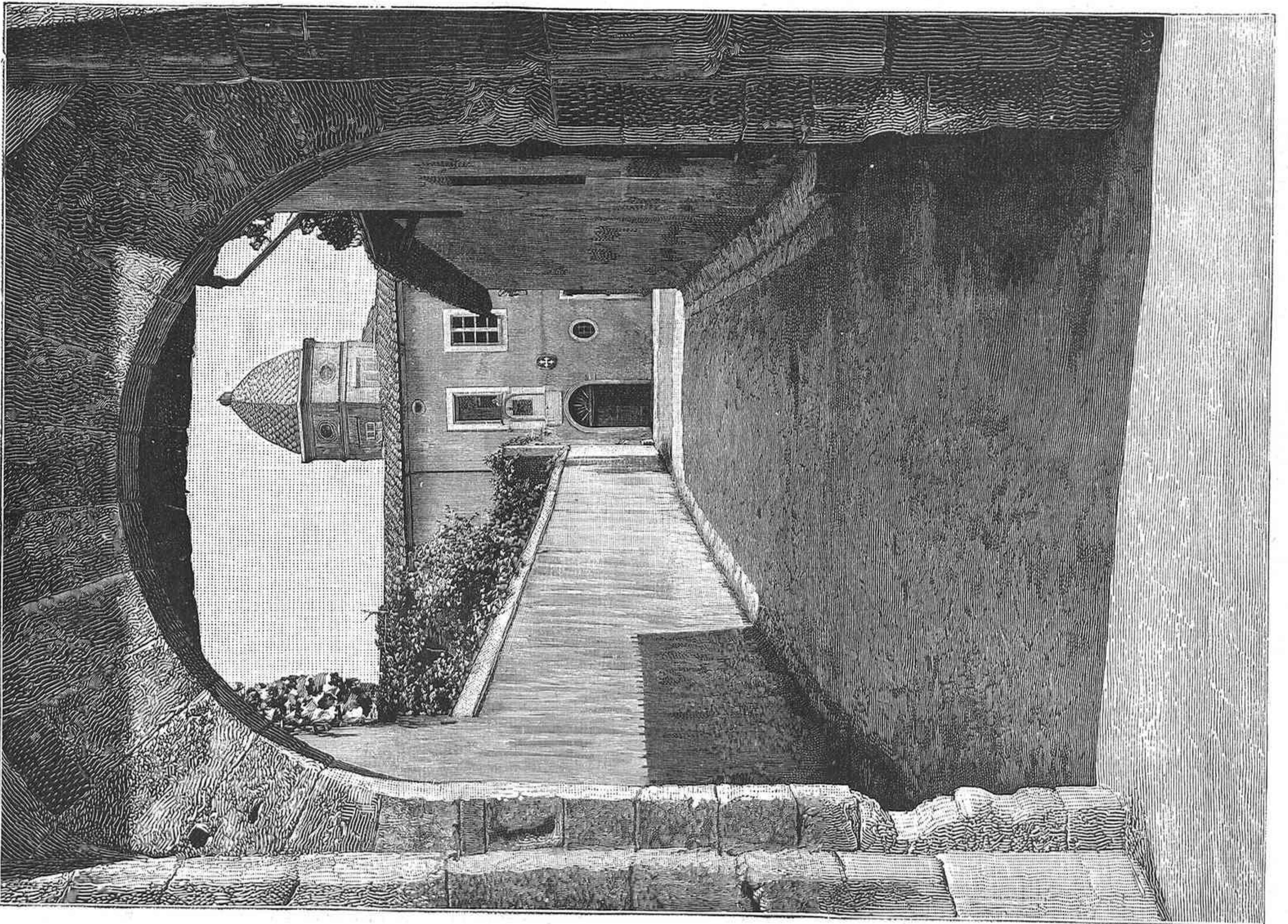
- Pero ¿qué cosas tan horribles escribimos nosotros



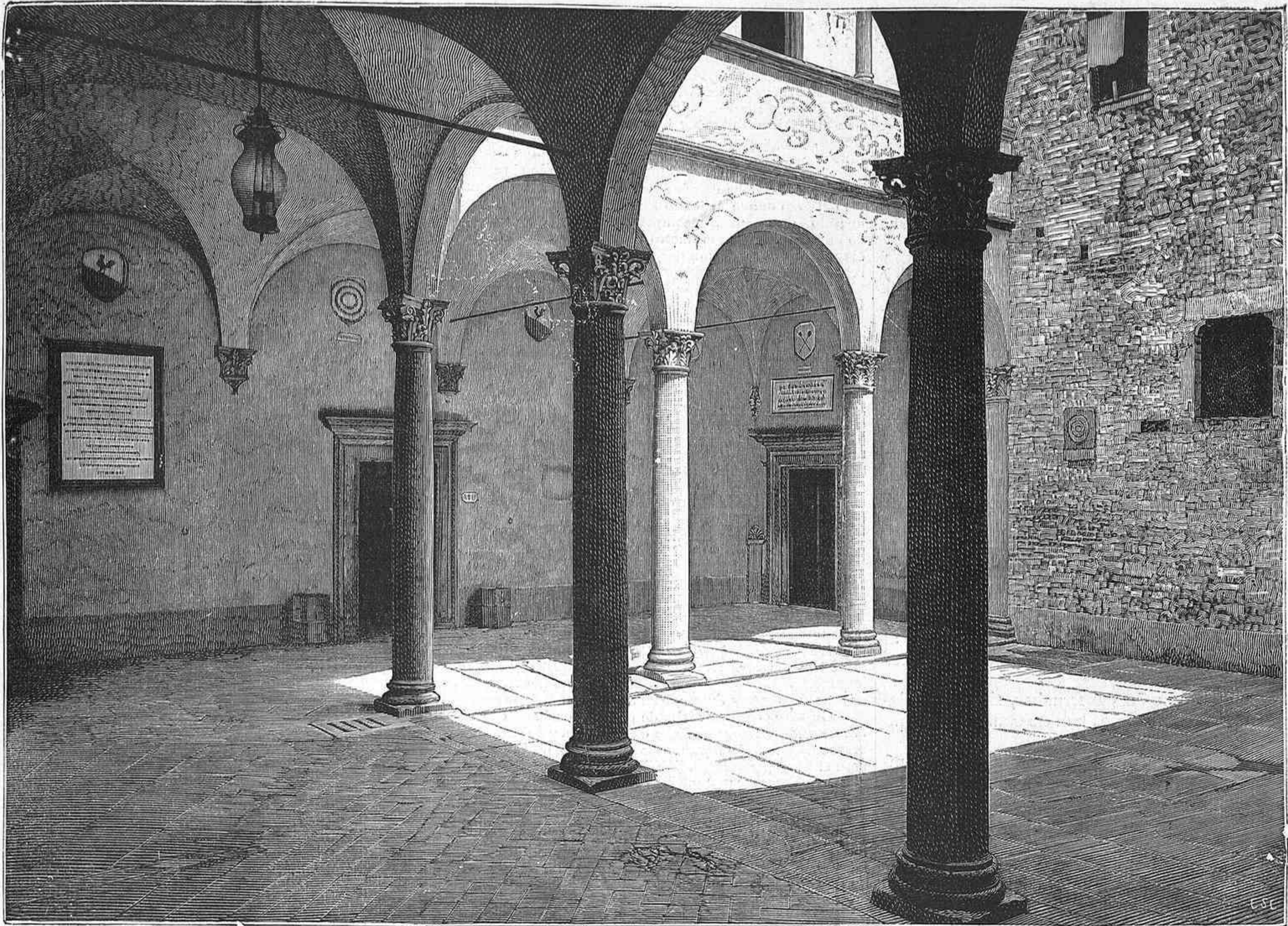
Carta del inquisidor de Florencia al arzobispo Niccolini sobre la sentencia de Galileo



LA TORRE DEL GALLO CERCA DE FLORENCIA, HABITADA POR GALILEO, PROPIEDAD HOY DEL CONDE PAOLO GALLETTI



CASA DONDE NACIÓ GALILEO CERCA DE LA PORTA FLORENTINA EN PISA



PATIO DE LA TORRE DEL GALLO, cerca de Florencia, en donde habitó Galileo, hoy Villa Galletti



EL MUSEO GALILEIANO, en la torre del Gallo, hoy Villa Galletti

para que se nos haga tan cruda guerra?, decía el pobre buscando con la vista un auxiliar que le ayudara a luchar con tanta improvisada amazona.

- Pues mentiras, bolas, embustes.

- ¡Señor! ¿Qué mentiras?

La de Travado tomó entonces la palabra y encarándose con él le preguntó cómo se atrevía a sostener lo contrario.

- Esta misma mañana, sin ir más lejos, dijo después, he leído en un periódico una cosa capaz de matar de risa á cualquiera. ¿No adivinan ustedes qué ha sido? Pues voy á decirlo. Estos señores, y señalaba á Paredes con sus miradas, estos señores que nada creen, y como él hiciese un ademán de protesta volvió á repetir *que nada creen*, se han empeñado en hacer creer á los demás hasta que los burros vuelan; sí, sí, que vuelan; y si no, dígame usted, hombre de Dios, ¿quién le ha dicho á ese señor que firma sus crónicas en extranjero que ahora existen hechiceros capaces de averiguar sólo por los signos de la mano, no lo pasado, sino lo que está por venir? ¿Quién le ha dicho que seamos tan tontos los que ya lo somos bastante para leerle que vayamos á darle crédito? ¿Quién?..

- Perdóneme usted, Elvirita, dije yo en este punto saliendo de mi silencio, ó más propiamente hablando, de mi conversación con la inglesa; no defendiendo á los periodistas ni voy á romper lanzas con usted sobre si dicen ó no verdad generalmente; pero en lo que al caso presente se refiere, perdóneme usted que le diga que no soy de la opinión de usted.

- ¡Cómo!.., exclamó ella algo desconcertada al ver mi fingida seriedad. ¿Usted cree en semejantes paparruchas?

- Sí creo, pero no en paparruchas, sino en verdades que quizá nuestros hijos han de considerar como axiomáticas.

- ¿De manera que usted afirma que con un simple estudio de las líneas de la mano se puede?..

- Sí, señora.

Envolvíome en una mirada burlona, y exclamó:

- ¡Es lástima que no haya hecho usted esos estudios!

Resuelto á llevar la broma hasta el último extremo, conteniendo á duras penas la risa que me retorbaba, le pregunté:

- ¿Y quién le ha dicho á usted que no los haya hecho, Elvirita?

Miróme fijamente como para leer en mis ojos si me estaba burlando, y después, como el que toma de repente un partido, me alargó la diestra, diciendo:

- Vaya, señor brujo, señor adivino, aquí está mi mano: dígame usted, explíqueme usted todos los males que me esperan, todas las venturas que tengo reservadas.

Tomé su mano, y durante algunos instantes me contenté con apretarla entre las mías, acariciando aquella piel tan suave, sin saber qué decir; después, espoleado por una de aquellas salidas que tanto le criticaban las gentes, empecé á decir todos los desatinos que se me vinieron á la boca con el aire más convencido que pude.

Las conversaciones se habían interrumpido entonces, y todos contemplaban la escena con la misma complacencia y curiosidad que si se tratase de la predicción de una gitana; yo noté que alguno reía disimuladamente y que la misma Elvira, sin decir palabra, se estaba burlando de mí con los ojos, y fui vengativo; quise, aun cuando sólo fuese por un instante, llevar el temor al alma de aquella burlona sempiterna, y por desgracia realicé mi pensamiento.

- Elvira, le dije con tono lo más profético que pude fingir, aquí hay una línea de funestos presagios: esta línea... yo no quisiera decirlo, quisiera equivocarme, pero está bien claro... el día que cumpla usted los treinta años, entre once y doce de la noche, esto es, á la misma hora en que estamos, le sucederá á usted una terrible desgracia.

Sentí que la mano que tenía entre las mías se enfriaba, vi á Elvira palidecer horriblemente, y ya casi arrepentido de mi broma iba á declarar que lo era, cuando se oyó sonar la campanilla y un hombre serio y empolvado se presentó en la puerta de la habitación.

- ¡Juan!, exclamó Elvira levantándose y dando un grito que nos llenó de espanto. ¿Qué sucede?

- Señorita, no se asuste usted...; ha habido fuego en casa.

- ¿Y los niños?

- El más pequeño...

No terminó; ella no rodó por el suelo porque hubo quien se lanzó á socorrerla. Yo noté que alrededor mío se formaba el vacío, y presa de un malestar que disimular no podía, loco, desatentado, cogí mi sombrero y salí de la casa.

J. F. AMADOR DE LOS RÍOS

MISCELANEA

Bellas Artes. - Han sido nombrados Miembros de Honor de la Sociedad de Artistas de Munich nuestros compatriotas Francisco Pradilla y José Benlliure, al mismo tiempo que lo han sido Alma Tadema y Leighton, de Inglaterra, Menzel, de Berlín, y algunos otros de los más célebres artistas contemporáneos.

- El escultor berlinés Brunow ha terminado el segundo y último relieve que ha de adornar el pedestal de la estatua ecuestre del gran duque Federico Francisco, erigida en Schwerin: es una obra de complicada composición por las muchas figuras que en ella entran, mide un metro y medio de ancho y representa la entrada triunfal del gran duque en Schwerin en 1871. El otro relieve reproduce la inauguración de la Universidad de Rostock.

- La Galería de Dresde ha adquirido el magnífico cuadro de Federico Uhde *Noche Santa*.

- En una asamblea recientemente celebrada en Berlín y á la que asistieron 630 individuos acordóse la fundación de una nueva asociación artística que se propone proteger y estimular á los artistas jóvenes berlineses, adquiriendo sus principales obras y desenvolviéndose de esta suerte dentro de las mismas tendencias que tanta importancia han dado á las asociaciones análogas de Munich, Dresde, Dusseldorf y Westfalia. A este efecto nombróse un comité de artistas y aficionados, cuya presidencia ha sido confiada al ilustre pintor Achembach.

- En la Galería de Pinturas de La Haya está expuesto un cuadro de Rembrandt adquirido de la colección del pintor parisiense Zorn: representa una figura de anciano cuyo rostro recibe intensa luz por el lado izquierdo y cuya cabeza calva cubre una gorrita de color obscuro y pertenece á los primeros tiempos del inmortal artista flamenco.

- En el jardín del Louvre, frente á la columnata y junto al pabellón Sud, va á colocarse la estatua ecuestre de Velázquez, obra del escultor Frémiet, que debe formar parte del conjunto de decoración monumental proyectado por Guillaume, que entre otros trabajos contendrá las estatuas de Meissonier y de Raffet.

- La «National Gallery» de Londres, ha recibido un interesante legado de Sir W. Gregory, conteniendo, entre otras obras importantes, dos cuadros de Velázquez representando á *Cristo en casa de Marta y Un duelo en el Prado*.

- Gustavo Geoffroy acaba de publicar en París con el nombre de *Vida artística* un libro de literatura y de crítica de Arte, presentado al público por un prefacio de E. de Goncourt. Ocupase el libro preferentemente de las escuelas modernas, conteniendo interesantes estudios sobre Manet, Claudio Monet, Carrière, Rodin, Pissarro, Raffaelli, Meissonier, Puvis de Chavannes, Jonckrind, Whistler, etc. Contiene además un corto trabajo literario *El sarcófago*, que unánimemente la crítica califica de verdadera obra maestra.

- Los vaciadores de los Museos del Trocadero, de la Sociedad de las Artes decorativas y del Louvre han ejecutado por encargo del Estado y de acuerdo con la comisión organizadora de la Exposición de Chicago reproducciones cuyo coste asciende á unos 115.000 francos. El embalaje, transporte y otros gastos corre á cargo de esa comisión, destinándose las obras reproducidas á constituir en América un núcleo de museo de escultura comparada desde el siglo XII al XIX.

- Recientemente, bajo la presidencia de León Bonnat, acordó la junta directiva de la Asociación de los Artistas franceses la modificación del reglamento para el *Salón* próximo venidero, en el sentido de que sólo sean electores del Jurado los artistas premiados ó que hayan sido por cinco veces expositores. Reunida en asamblea general la Sociedad, á petición de más de cien asociados, fué mantenida la decisión de la junta, después de un animado debate, por 294 votos contra 194, quedando por consiguiente abolido el sufragio universal.

- El eminente artista, el pintor ruso Vereschaguine, que ha producido tantas obras maestras dando fama gráfica á las impresiones que recibiera en las campañas de Oriente y del Asia central, al acompañar los ejércitos de su país, dió recientemente en Moscú, donde reside y donde tiene, junto al Kremlin, su monumental estudio, una conferencia sobre la guerra, que ha suscitado animadas polémicas y por una parte de sus compatriotas violentas y acres censuras. Vereschaguine, que en su obra de pintor expuesta en París años atrás y de la que ha reproducido alguna muestra LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, puso magistralmente de relieve, al lado del aspecto pintoresco, el cúmulo de horrores y atropellos de que es causa la guerra, completó con su enérgica palabra el anatema que á toda conciencia honrada inspira el batallar de unos hombres con otros.

Con este motivo algunos de sus compatriotas, excitados por un falso patriotismo, le han combatido duramente por las tendencias manifestadas en su discurso; probablemente por desconocer la repugnante y odiosa realidad que en sí entraña la guerra, símbolo de falsa gloria para el vencedor, y de desolación, de barbarie y de ruina para vencedor y vencido.

- Un gran número de *zodichis*, ó arquitectos, artistas de la Academia Imperial de Rusia, que son los que proyectan las construcciones, junto con los ingenieros civiles encargados de su realización, verdaderos constructores, reuniéronse en asamblea en la residencia del gran duque Wladimiro para tratar de imprimir una nueva dirección á la arquitectura nacional, oponiéndose á la invasora monotonía europea con el renacimiento de su estilo propio, amalgama de los estilos indio, mogol, bizantino y eslavo. Buen ejemplo para nuestros arquitectos y maestros de obras.

- Actualmente está expuesto en Berlín un gran cartón de una pintura mural que Maximiliano Koch ha de pintar para las Casas Consistoriales de Lubeck y que representa la institución del primer burgomaestre de la ciudad por Enrique el León. Es una composición grandiosa perfectamente calculada para las condiciones del muro en que ha de colocarse, que está dividido por tres altos arcos góticos. Del mismo artista son dos lienzos destinados á un nuevo salón de dicho edificio, cuyos asuntos son la cabalgata que lleva á la ciudad la carta de libertad otorgada por Barbarroja y la entrada de Carlos IV en Lubeck.

- Dícese que la humedad ha perjudicado grandemente al rico museo de Lille, en donde se conservan preciosos lienzos de los más grandes maestros antiguos y modernos de las escuelas flamenca, italiana y francesa.

- En el Salón artístico de Schulte, de Berlín, se han expuesto últimamente tres magníficos cuadros de grandes dimensiones: *El emperador Guillermo II pescando ballenas á bordo del «Duncan Grey»*, de K. Salzmann; *Regata marítima celebrada por el Club Imperial de Kiel en 29 de junio de 1892*, de H. Bohrdt, y *Pesca de Polifemo*, de M. Pietschmann.

- Se han inaugurado en la Real Colección de tejidos de Kre-

feld (Prusia) las nuevas salás que contienen ricas telas y bordados de todas épocas.

- El pintor noruego Eduardo Munch, cuyas obras no fueron admitidas en la última Exposición berlinesa, lo cual fué causa de la escisión surgida entre los artistas de la capital de Prusia, ha expuesto en el edificio que en dicha ciudad tiene La Equitativa una porción de obras suyas, algunas de ellas nuevas, que han hecho renacer las discusiones que cuando su primera exposición se promovieron.

- En Burlington House, Londres, se ha inaugurado la trigésima cuarta exposición de obras de artistas difuntos, que ofrece tanto interés, ó mayor si cabe, que las celebradas en años anteriores. Algunos de los cuadros expuestos se exhiben ahora por vez primera, y tanto éstos como los ya conocidos son preciosos ejemplares de las antiguas escuelas flamenca, alemana, italiana é inglesa.

- Llama actualmente la atención de artistas y críticos londinenses la exposición de las obras del eminente pintor inglés Mr. Burne Jones que se celebra en la New Gallery: Mr. Burne es de los artistas que poseen un estilo más individual y propio y de los que menos se han dejado influir por los gustos, tendencias y juicios contemporáneos; es al mismo tiempo uno de los artistas más originales, de mayor imaginación y más fecundos. Próximamente daremos á conocer á nuestros lectores algunas de sus más notables obras.

Barcelona. «Salón Parés.» - Una buena copia del hermoso cuadro de Lhermitte que figuró en uno de los *Salones* de París pocos años ha, es la nota culminante de esta semana y al que acompañan un cuadro de Coll, figurando una señora en el palco de un teatro, y una marina de Sans, monótona y fría de entonación, que reproduce (al parecer) una localidad holandesa.

Por unos días se halló expuesta una gran placa sepulcral de bronce destinada al enterramiento del Cardenal Payá en la catedral de Toledo, proyecto de Pascó y primorosamente fundada en los talleres de Federico Masiera. Es una nueva obra que, al honrar al artista y al fundidor, prueba el renacimiento de las artes del metal en nuestra ciudad.

Teatros. - En el teatro Federico Guillermo, de Berlín, se ha estrenado con muy buen éxito una opereta titulada *El tío de los millones*, letra de Zell y Genée y música de Adolfo Muller.

- La ópera en un acto *El juramento*, letra de Maximiliano Singer y música de Guillermo Reich, ha sido recibida con aplauso en el teatro Kroll, de Berlín, en donde se ha estrenado recientemente.

- En Turín se ha verificado con éxito extraordinario la primera representación de *Los maestros cantores*, de Wagner.

- En el teatro de la Opera nacional húngara, de Budapest, en donde hace poco se representó con gran éxito la ópera de Wagner *El crepúsculo de los dioses*, se pondrá en breve en escena las cuatro partes de la tetralogía del gran maestro *El anillo del Nibelungo*.

- En el teatro de la Moneda, de Bruselas, se ha estrenado con éxito regular un drama musical titulado *Yolanda*, de Albe-rico Magnard, cuya música está inspirada en el procedimiento wagneriano.

París. - Se han estrenado con buen éxito: en Menus Plaisirs una revista en cuatro actos, *Tararaboum-Revue*, de los señores Ferrier y Delila; en el teatro Moderno otra revista en cuatro actos de Cottens y Gaveau, titulada *Tout á la scène*, y en el Nuevo Teatro una fantasía lírica de gran espectáculo, en cuatro actos, *Bouton d'or*, de Carré, con música de Pierné; las dos primeras son el resumen de los principales acontecimientos ocurridos en París durante el año 1892 y están escritas con gracia y bien presentadas; la tercera es una obra entretenida, conjunto de cuadros pintorescos enlazados por la ligera trama de una historia amorosa, y ha sido puesta en escena con gran lujo; la música de los *couplets* y baillables es ingeniosa y seductora.

Londres. - Ha sido un verdadero acontecimiento el estreno en el teatro Haymarket de la tragedia *Hypatia*, de G. Stuart Ogilvie, no sólo por la obra en sí, sino que también y muy principalmente por la magnificencia y propiedad con que ha sido puesta en escena. La acción del argumento se basa en el conflicto religioso entre la población cristiana y la pagana de Alejandría en el período de la decadencia del Imperio romano; la dirección artística de la obra estuvo á cargo del ilustre Alma Tadema, que dibujó los trajes, decoraciones y accesorios, é inútil es decir cómo resultaría el espectáculo tratándose de artista tan eminente y de una época y unas costumbres que tanto se prestan á hacer alarde de pompas y esplendores.

Madrid. - En el teatro Lara se ha estrenado con gran éxito una comedia en un acto, de D. Antonio Sánchez Pérez, titulada *El son que tocan*: la idea de la obra es bellísima y está hábilmente desarrollada, los caracteres están perfectamente dibujados y el diálogo es fácil, naturalísimo y abundante en chistes. Para el teatro de Apolo ha terminado D. Ricardo de la Vega un sainete titulado *Don Paulino Caparrón ó Vámonos á la venta del Gajo*.

Barcelona. - En el teatro Principal, terminadas ya las tareas de la compañía que dirigían D. Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez, actúa la compañía infantil que dirige D. José Bosch y que había trabajado recientemente en el Circo Barcelonés. En el Eldorado se han estrenado con buen éxito las zarzuelas en un acto *El organista*, letra de Estremera y música de Chapí, y *Guasán*, parodia de *Garin*, de D. Salvador M. Granés, con música de varias óperas, arreglada por el maestro Rubio.

Negrología. - Han fallecido recientemente:

Francisca Rheinberger, notable poetisa y prosista alemana. Vicente Stoltenberg Lerche, pintor de género y arquitectura de la escuela de Dusseldorf y uno de los más ilustres miembros de la colonia de artistas noruegos de aquella ciudad.

Alberto Delpit, notable escritor francés, autor de varias novelas y dramas, entre las primeras *Le mariage d'Odette* y *Comme dans la vie* y entre los segundos *Le fils de Coralie*, y colaborador en los principales periódicos y revistas franceses.

El Excmo. Sr. D. Ignacio M. del Castillo, conde de Bilbao, grande de España, teniente general, ex ministro de la Guerra, ex comandante general de alabarderos: entre sus muchos y notabilísimos hechos de armas es sin duda el más brillante la heroica defensa de Bilbao en 1874, pues gracias á su valor y energía no pudieron los carlistas penetrar en la plaza á pesar de los 125 días de sitio, 70 de ellos de terrible bombardeo, siendo esta defensa tanto más meritoria cuanto que los sitiados carecían casi de víveres y municiones. El general Castillo no se había sublevado nunca en sus 57 años de carrera militar y estaba condecorado con las principales cruces de las órdenes militares y civiles.



¡Cuán seductora estaba Edmunda entregada á aquella ocupación!

CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

— ¿Verdad que me amas, Marta?
 — Sí, con ternura y con abandono. Hasta ahora mi corazón estaba un poco cerrado, pero se ha abierto para ti, por más que al principio no te quisiera. Y te aseguro que has entrado bien, pues te amo como hermana y casi como madre. Quiero que seas feliz y buena, sobre todo esto último, y no perdonaré nada para hacerte dichosa.
 A lo cual replicó Edmunda:
 — ¿Nada?
 — Nada.

Edmunda guardó silencio un instante, y después dijo con cierta expresión de gravedad:

— Escucha, Marta, me parece que te robo. Tú me crees mejor, más afectuosa y más digna de ser amada que lo que realmente soy. Ya he tratado de hacerte comprender cuantos defectos tengo y tú no das crédito á mis palabras; mas no quisiera que te engañases respecto á mí, tú que vales diez mil veces más que yo.
 — Amame, Edmunda, y esto será suficiente.
 — ¡Ah! ¡En cuanto á eso!..
 Y un prolongado beso terminó la frase.

V

Desde la muerte de su esposo la señora de Ancel, que le había adorado, vivía sumamente retirada; por primera vez pensó ahora en abrir su casa para dar reuniones. Todo aquel bonito país de los alrededores de Honfleur está muy poblado durante el verano; allí abundan los castillos, las quintas y las heredades, palabra favorita de los normandos, y la señora de Ancel no tenía que hacer más que una señal para verse rodeada al punto de gente amiga. En su consecuencia dió una gran comida en honor de Edmunda Levasseur, cuya llegada al castillo había sido muy comentada en el país. En el campo todo se sabe: cada cual conocía la historia de la «pobre señora Levasseur,» como aún se decía, muerta de pesar ó cuando menos por haber acelerado su fin el dolor, y la adopción de aquella hermanastra por la señorita Levasseur, es decir, la admisión de la hija de la amiga en casa de la víctima, habíase juzgado muy diversamente.

El señor cura aprobaba con entusiasmo á su joven feligresa, diciendo que había cumplido con un deber, un deber difícil y hasta penoso; pero que aquí por lo menos la virtud había alcanzado su propia recompensa. Al arrancar aquella encantadora niña de un centro peligroso, donde su alma hubiera estado en peligro, y de parientes relacionados de cerca ó de lejos con el teatro, Marta había encontrado una compañera alegre y joven, una hermana muy cariñosa y agradecida que alegraba á cuantos la veían. El señor cura, hombre excelente en toda la extensión de la palabra, al pronunciar su breve sermón del domingo complacía en ver el banco del castillo tan bien ocupado; Edmunda asistía con perfecta gravedad á los divinos oficios, y hasta una vez hizo la cuestación; de modo que el señor cura, como todos sus feligreses, quedaron sometidos al encanto de aquella seductora joven.

La morada de la señora de Ancel no tenía nada de castillo: era una casa grande muy moderna, remedo de quinta italiana, con el tejado muy plano y una serie de balaustres; desde la parte superior del edificio disfrutábase de una vista tan magnífica que con frecuencia se trasladaban allí todos los de la casa, y detrás de ésta, así como á lo largo de la cuesta de la colina, extendíanse grandes bosques. La afición de la viuda á las flores tenía ancho campo en que desarrollarse en el vasto jardín que en pendiente muy rápida descendía hasta la carretera, y nadie en la vecindad podía competir con la señora de Ancel por sus prados de esmeraldas, de césped fino y compacto y particularmente sus rosas. Estas flores alegraban los canastillos, invadían las paredes, presentando las más raras variedades, ostentábanse lozanas en todos los rincones de la propiedad y embalsamaban el aire alrededor de ella. La única queja que la viuda tenía de Marta era que prefiriese sus bosques á su jardín, y se perdiera durante horas en las sombrías alamedas, complaciéndose en meditar más bien que en ocuparse en su jardín, expurgar los rosales y persiguiendo sin tregua á los purgones que los amenazaban. ¡Pero la perfección no es de este mundo!

Las dos hermanas, acompañadas de la tía Aurelia, llegaron muy temprano el día de la comida para ver el fin de una magnífica tarde de julio en medio del perfume delicioso de las rosas, que se ostentaban entonces en todo su esplendor. Ambas vestían de blanco; pero el traje de Marta, de lana muy suave, era un poco severo, sin el menor adorno, mientras que el de Edmunda, de muselina de seda muy ligera, tenía lazos de color sonrosado muy pálido, que hacían realzar su delicada belleza de mujer rubia con ojos negros. La tía Aurelia, aunque refunfuando de una manera belicosa, debió confesarse que rara vez era dado ver una niña de más atractivo ni tan encantadora. ¡Y juiciosa como una imagen! Edmunda no se apartaba de su hermana mayor, hacía lo posible por apagar el brillo de sus ojos, reprimir su sonrisa y no ser en nada coqueta á fin de merecer elogios y evitar un sermón. De este modo su belleza era suficiente para condenar á un santo. Cuando sus párpados bajados se elevaban de pronto, los ojos tenían más brillo y los hoyuelos de las mejillas reaparecían de repente más seductores y provocativos.

Como Edmunda no había visto aún más que el salón y el jardín, Roberto condujo á las dos hermanas para dar la inevitable vuelta del propietario. La pendiente era tan rápida que la casa tenía casi un piso menos detrás que delante. Desde una avenida pasábase á una vasta habitación llena de estantes de libros, un poco severamente amueblada, con una mesa de despacho cubierta de papeles y volúmenes bastante desordenados. Edmunda alargó el cuello con curiosidad.

— ¿Es ahí donde trabaja usted, Sr. Ancel, y donde escribe una obra terriblemente seria, según me han dicho?, preguntó.

— Precisamente, señorita, y aquí estoy muy tranquilo; este rincón del jardín está casi siempre desierto, y como ve usted me bastan dos pasos para trasladarme al bosque.

— Confíese usted, dijo Marta sonriendo, que para ir allí salta por la ventana en vez de salir por la puerta.

— En efecto, es una costumbre de la infancia á que no pude renunciar nunca, porque me parece muy cómoda, y no se necesita ser buen gimnasta para entrar del mismo modo. Ya ve usted que las casas edificadas, contra el buen sentido, en una pendiente muy empinada, tienen algo bueno.

— ¿Y no ha experimentado usted nunca algún temor? Si entra usted en su casa de esa manera, también otros podrían hacerlo. Yo soñaría en ladrones todas las noches si ocupara semejante habitación..., exclamó Edmunda, que no era nada valerosa.

— No hay peligro, señorita, y además en ese mueble que ve usted ahí, mi madre me obliga á guardar un magnífico revólver que hace años descansa en su funda, y por otra parte me ha dispuesto esa magnífica panoplia que hay encima de la chimenea, menos como adorno que para hacer creer que soy hombre de armas tomar. Yo me fío más bien de la tranquilidad del país que de una reputación usurpada... Y ahora, señorita Edmunda, añadió Roberto, si cree usted haber concluído con dirigir una mirada á través de la ventana abierta, se engaña usted mucho. Aún le falta admirar nuestro corral, un verdadero corral modelo, que humilla al del castillo, y además nuestras cuerdas y campos, nuestras praderas y bosques. ¡Venga usted! Aún tenemos para una hora larga, y esto nos hará apreciar mejor la comida de mi madre. Dicho sea entre nosotros, advertiré á ustedes que hace una semana que no duerme por temor de que su comida no esté á la altura de la solemnidad. Años hace que apenas ha recibido más que al señor cura y á nuestras dos amigas del castillo. ¡Ea, vamos á buscar un buen apetito!

Mientras que los jóvenes se paseaban en el jardín, las dos matronas conversa-

ban en el salón. La señora de Ancel, tranquilizada por su última visita á la cocina y al comedor, estaba ya dispuesta á recibir á sus convidados.

Se entendía muy bien con la señora Despois, y sin embargo difícil hubiera sido encontrar dos personas que menos se pareciesen. La baronesa, mujer contemplativa y joven por el corazón, conservábase en cierto modo por el aislamiento; había parado su reloj en el momento en que su esposo la dejó sola y no pensaba ya en darle cuerda; tan sólo vivía en el pasado, y su amor maternal, muy vivo y tierno, no había sido suficiente para hacerle seguir la marcha del siglo.

Su vecina, por el contrario, resignada muy pronto á no conocer felicidad perfecta, habíase creado una filosofía que la sirviese de apoyo, pretendiendo que las ligeras satisfacciones de la vida, hábilmente ordenadas, proporcionan algo semejante á la felicidad, al fin y al cabo muy aceptable; que despertar las penas dormidas es una necesidad, y que siendo la risa propia del hombre, loco era quien se abstenia de reír, tanto más, cuanto que la risa, según ella, suponía muchas cosas agradables, como comer bien, rodearse de lujo, hablar con personas de talento cuando se tiene la suerte de encontrarlas, y á falta de éstas contentarse con las que son agradables y tienen buena educación. Sin duda comprendía en esta última clase á la señora de Ancel.

— Me parece que su hijo de usted se humaniza, dijo á la baronesa. Hele ahí que ríe como si jamás hubiera asomado la nariz en los empolvados archivos del ministerio de Estado.

— ¡A Dios gracias! Ya recordará usted, querida amiga, que siempre dije que Roberto se rejuvenecería con los años; á los veinte era demasiado serio, cosa que no parecía natural, y después...

La señora de Ancel ardía en deseos de manifestar á la tía Aurelia todas sus esperanzas; mas no lo haría, puesto que prometió á Marta el silencio; pero... ¡si la señora Despois quisiese adivinar!.. A ella le parecía, sin embargo, que la nueva actitud de Roberto era bastante significativa.

— Y además, interrumpió la señora Despois, no hay nada como dos hermosos ojos para disipar las brumas del estudio. Veamos, amiga mía, no tome usted esa expresión de alarma; ya sabe usted, como yo, que desde la llegada de Edmunda, Roberto se muestra más amable; si él no sabe aún que está enamorado, yo sí lo sé.

— ¡Se engaña usted, se engaña usted!, exclamó la señora de Ancel sofocada. — ¡Ta, ta, ta! Muy rara vez me equivoco yo en esas cosas. Desde que no soy más que espectadora tengo mi antejo bien limpio, miro, y me divierto en grande. Bien mirado, amiga mía, usted deseaba que la señorita Levasseur fuese su hija política, y no puede quejarse. Edmunda es lindísima; á mí no me agrada mucho; pero en fin, debo reconocer que es muy linda.

— Sí, repuso la baronesa, que comenzaba á reponerse de la sacudida, y usted se daría por muy contenta si pudiera desembarazarse de ella casándola cuanto antes.

— ¡Ya lo creo que sí! Esa niña perturba mis costumbres; y aunque no la quiero, temo mucho que al fin me seduzca su encanto. Me es preciso violentarme, y no hay nada tan fatigoso como esto.

— Entonces, replicó la señora de Ancel, cuyo egoísmo maternal se despertaba y que en un momento entrevió la posibilidad de que su hijo prefiriese la hermana menor á la mayor, puesto que no había ningún compromiso formal, entonces usted misma reconoce el encanto que esa niña ejerce...

— ¡Sí que lo reconozco!, tanto que al estudiar á esa joven llevo casi á excusar á mi cuñado. La antigua leyenda de las sirenas se continúa á través de los siglos y se continuará á través de los tiempos. Edmunda es la imagen de su madre, excepto los ojos, que son de su padre. Yo iba ocultamente á ver trabajar á la madre, actriz como se ven pocas; todo lo tenía aquella mujer: naturalidad, encanto, gracia en el decir...; en fin, todo, menos corazón. Vuelvo á encontrar en la hija las mismas entonaciones de voz, igual sonrisa, que ilumina su rostro de repente, como el rayo de sol cuando pasa á través de una nube. Mírela usted cuando se sienta... Nosotras tomamos una silla para descansar buenamente, y nuestras faldas se acomodan como pueden, mientras que la de Edmunda se extiende en pliegues armoniosos; cuando habla, sus ademanes tienen una gracia tan infinita como natural, y si usted la escucha observará que nunca tartajea; cada sílaba tiene su valor; el sonido de su voz se modula con un arte que ni ella misma conoce, y la elocuencia le ha sido inculcada sin que lo echara de ver, pues bastó le escuchar á su madre.

— Pero, observó la baronesa, usted ha dicho que su madre lo tenía todo, excepto corazón. ¿Se le parece también la hija en esto?

— Es cosa que todos los días me pregunto y nada sé aún; pero es posible que tenga un poco de corazón. Al verla con Marta, cualquiera lo creería así. No hay mimos ni caricias que no prodigue á su hermana; la sigue por todas partes como una criatura; trata de ayudarla en el arreglo de la casa, con lo cual, dicho sea de paso, lo trastorna todo; corre á casa de nuestros dos colonos para darles órdenes, y olvidando á éstos, se entretiene en jugar con los perros y los pollos, porque sabe que á Marta le agradan también. Siempre alegre, todo le parece admirable: se extasía ante una buena vista, se chapuza en el agua alegremente, anda, corre, siempre está en movimiento y arrastra en él á su hermana. Pero el juguete es ahora nuevo; en el mes de julio, el campo, con sus animados caminos, los bañistas en todas partes y los castillos llenos de gente, está muy bien. Yo espero el mes de noviembre, porque entonces la niña se verá obligada á concretarse á nuestra sociedad.

— La juventud sabe alegrarse en todas partes y siempre, murmuró la señora de Ancel llena de indulgencia; y en todo caso, como Marta ama á su hermana, hará todo cuanto ésta quiera.

— Si se la lleva á París un mes ó dos antes que de costumbre, yo no me quejaré; pero Marta no es débil, y si cree de su deber oponerse á un capricho de niña, se opondrá, esté usted segura de ello. Entonces veremos. Edmunda me hace pensar en las bonitas sedas flexibles y suaves de mis bordados; se enhebran fácilmente, su contacto es dulce para los dedos y se hace lo que se quiere; pero de repente, sin que yo sepa cómo, se forma un pequeño nudo imperceptible, y en la bonita seda suave se rompe la aguja en seco. En esa niña no se ha formado nudo aún; mas no diré que no se produzca.

El nudo se formó antes de terminar la noche.

La comida fué de las más alegres. Una veintena de convidados, todos ansiosos de divertirse y jóvenes los más, hicieron honor á los numerosos platos; la mesa estaba adornada con las más lindas rosas del jardín, y por las ventanas, abiertas de par en par, penetraba la brisa suave de aquella hermosa tarde de ve-

rano. Edmunda olvidaba un poco sus buenas resoluciones; adivinaba que de toda la juventud reunida alrededor de la mesa ella era la reina sin rival; sabía que era mucho más bella, más admirada y obsequiada que las demás mujeres, y la alegría de su triunfo se desbordaba un poco en el sonido de su risa y en el brillo de sus ojos. Casualmente tenía por vecino al capitán Bertrand, y divertíase en volverle completamente la espalda. Roberto, como dueño de la casa, hallábase colocado entre dos señoras de edad respetable y dirigía envidiosas miradas al sitio donde Edmunda hacía gala de su locuacidad parisiense. La traviesa joven, fijándose muy pronto en aquellas miradas, redobló su coquetería. Marta, colocada en la otra extremidad de la mesa, nada podía hacer para moderar un poco el proceder de su hermana; pero bien mirado, como todos estaban alegres aquella noche, se hallaban en el campo y eran vecinos, nadie podía formalizarse demasiado por alguna carcajada más ó menos. Además, ¡era tan linda la pequeña Edmunda y se la admiraba tanto! La idea de que pudiera inspirarle un sentimiento de celos aquella recién venida que la eclipsaba tan completamente, no cruzó por su espíritu ni una sola vez; muy por el contrario, enorgullecióse de la belleza y del triunfo de su hermanita.

Después de comer tratóse de tomar el café en el jardín, cosa rara á orillas del mar, y Marta enlazó con su brazo el talle de Edmunda. Los jóvenes de ambos sexos formaban un grupo ruidoso y alegre; la luna tenía aquella noche un brillo extraordinario, tanto que todos se veían casi como en pleno día, y la hermana mayor notó que Edmunda tenía las mejillas muy encendidas y los ojos en extremo brillantes.

— Sin duda tienes mucho calor, le dijo. Ponte este céfiro alrededor del cuello. ¿Sabe usted, señorita, añadió Marta en tono de broma, que hacía usted mucho ruido en su rincón? ¿Qué hemos hecho de esa formalidad ejemplar?

— Te la he trasladado á ti, Marta, porque á ti no te molesta, y yo al cabo de una hora no puedo conservarla ya. ¡Ah! Déjame ser un poco loca; es muy grato loquear, y no se tienen diez y ocho años más que durante doce meses... Si tú supieras... Hemos formado mil proyectos, ¿no es verdad, capitán? ¡Ah! Vamos á divertirnos mucho.

— Y ¿cuáles son esos proyectos?, preguntó Marta risueña é indulgente.

— ¿Tomaré yo parte en ellos?, preguntó Roberto á su vez, atraído por las dos hermanas y no osando preguntarse si se declaraba más en favor de una que de otra.

— Ya lo creo, contestó Edmunda, y el capitán y todos esos señores. Piensen ustedes en que seremos ocho damas y que necesitamos caballeros. Por lo pronto, el lunes almorzaremos en la «Fuente de Virginia...» ¿No es verdad, Marta?

— Con mucho gusto, hija mía.

— Después queremos representar alguna comedia; esto es muy divertido en sociedad, y sobre todo en el campo, y ya sabes que el salón grande con el gabinetito en el fondo es lo más á propósito. El capitán representa muy bien, y yo...

Edmunda se interrumpió: su hermana había retirado el brazo con que rodeaba su cintura, y parecía muy pálida á la luz del astro de la noche.

— Eso no, Edmunda, eso no, dijo, cambiando de tono.

— ¿Por qué?, preguntó la joven con cierto calor.

Era la primera vez que veía contrariado uno de sus caprichos, y su lindo rostro parecía descompuesto.

— La comedia de salón es sin duda cosa muy divertida para los actores improvisados, y sobre todo para las actrices; pero enojosa para los demás, yo te lo aseguro.

— Puesto que todos seremos actores, cuando menos los jóvenes, los demás no se cuentan.

— En mi casa, Edmunda, los demás, por el contrario, se han de tener en cuenta, y de consiguiente no habrá comedia.

Esto fué dicho con un tono que no admitía réplica. Todos adivinaron que Marta no manifestaba la verdadera razón de su antipatía á las cosas de teatro; y Edmunda, comprendiéndolo así también, irguió altiva su graciosa cabeza; su rostro tomó repentinamente cierta expresión de dureza, y repuso con indiferencia:

— ¡Cómo tú quieras, naturalmente! Sr. de Ancel, añadió, ¿quiere usted darme el brazo? Deseo contemplar la vista del paisaje desde la altura. ¿Se puede subir? Vengan ustedes, señoritas; me parece que el mar á la luz de esta luna tan clara debe estar magnífico.

Marta no siguió á los demás convidados.

En la manera de tomar Edmunda el brazo de Roberto observó alguna cosa que la sorprendió súbitamente.

Fué á sentarse junto á la señora de Ancel, que cogió cariñosamente su mano. En el fondo pedíale que la dispensase, como de una infidelidad, por su conversación con la tía Aurelia.

— ¿Está usted indispueta, Marta? ¿Quiere usted que volvamos á casa?

— ¡Oh! No, se está bien aquí.

— ¿Pues entonces?

— No es nada; estoy un poco triste, pero no haga usted caso. Es una rareza de mi carácter que me hace pensar en cosas no muy alegres cuando á mi alrededor se ríe demasiado. ¡Qué quiere usted! Yo paso ya de los diez y ocho años, y según dice Edmunda, no se tiene esta edad más que durante doce meses. ¿Los habré tenido yo alguna vez? Temo mucho que no.

— Los tendrá usted un poco más tarde, y á eso se reduce todo. Lo mismo que le sucede á Roberto, se rejuvenecerá usted á medida que vaya transcurriendo el tiempo.

— ¡Tal vez!, murmuró la joven. Efectivamente, Roberto es muy joven esta noche...

Y Marta comenzó á meditar algo tristemente.

VI

Para ir á la «Fuente de Virginia» se deja la carretera de Villerville á fin de franquear una cuesta bastante rápida entre muros de vastas propiedades. A través de las verjas se ven jardines bien cultivados, muy en oposición con el carácter salvaje de las soledades de los bosques que tanto agradaba á Marta Levasseur, castillos y quintas nuevas y flamantes y granjas de aspecto tranquilo y próspero.

Después de franquear la cuesta es preciso tomar un atajo donde apenas se aventuran los vehículos; aquí se ve á veces, por encima de los tejados de las

granjas ó de las praderas donde pacen los rebaños, la extensión del mar iluminada por el sol de verano y surcada por grandes sombras de color azul obscuro que algunas nubes vagabundas proyectan. Es un sendero muy solitario y silencioso, donde el ladrido de un perro de guarda toma sonoridades singulares; á medida que se avanza, el bosque presenta un carácter más salvaje; el tallar es intrincado, ya no se ve el mar y tampoco se oye rumor alguno, como no sea el súbito vuelo de un ave espantada y el roce del follaje movido por la suave brisa del verano. Después el tallar cesa súbitamente, é inmensos árboles, hayas seculares, verdaderamente magníficas, elévanse por todas partes en libertad. Poco después se atraviesa un puentecillo sobre el riachuelo formado por las aguas de un manantial, y llégase á un claro sombreado por otros árboles de troncos enormes y circuido por el bosque. En el centro, casi al pie de la más venerable de aquellas hayas, se ve un segundo manantial muy abundante, que antes de formar arroyo se extiende como una cristalina sábana, constituyendo un gracioso estanque. No se podría encontrar un rincón de tierra más seductor para ser feliz y vivir enamorado y algo loco también: es el dominio de la reina Mab, de Titania y de Oberón.

Para complacer á su hermanita, Marta había organizado en aquel delicioso sitio una verdadera jira campestre. No se había hablado más de la comedia de salón, y para que se olvidase esta ligera contrariedad, Marta redoblaba su ternura y sus bondades. Cierta que Edmunda no ponía mala cara; pero de vez en cuando una ligera nube pasaba por su tersa frente, manteníase silenciosa, y un suspiro apenas perceptible indicaba que aquella joven pensaba en cosas de que no podía hablar. Por primera vez uno de sus caprichos no había sido satisfecho; estaba asombrada, resentida también; pero concedía su perdón. Marta era muy buena; hacía cuanto le era posible, y no podía esperarse que se antepusiera del todo á las preocupaciones de su casta. Edmunda, por el contrario, educada en la sociedad de su madre, se había acostumbrado á mirar muy por encima todas esas preocupaciones del campesino; y como en su pequeña cabeza no estaban aún bien determinadas las ideas, comprendía en aquellas tal vez más cosas de las que hubiera debido, permitiéndose para ciertas libertades excesivas indulgencias, que á veces hacían abrir mucho los ojos á la tía Aurelia. Delante de Marta, Edmunda dejaba ver poco su imperfecta ciencia del mundo, comprendiendo que su hermana mayor era realmente mucho más «niña» que ella, en el verdadero sentido de la palabra.

La mayor parte de los convidados de la señora de Ancel tomaban parte en la merienda. Varias jóvenes con sus madres, entre otras, dos americanas muy alegres y algo locas, que habitaban en una antigua heredad situada casi al pie de la colina y á quienes Edmunda quería mucho, y cierto número de jóvenes, que lo eran demasiado en su mayor parte, como sucede á menudo en el campo, constituían un grupo muy agradable de ver. Los trajes claros de las mujeres se destacaban como notas vivas y alegres sobre el fondo sombrío del follaje.

El alma de aquella sociedad era el capitán Bertrand, que había llegado á galope desde Trouville. Su caballo, cubierto de espuma y lanzado á escape, había espantado en el momento de atravesar el puentecillo; el capitán, viendo que todos le miraban, dāmas y caballeros, había obligado al cuadrúpedo, que se encabritaba, á retroceder á cierta distancia y atravesar una y otra vez el puentecillo de madera, cuyo sonido intimidaba al animal; pero esto á fuerza de latigazos administrados tan despiadadamente, que el caballo, con los ojos coloreados de sangre, temblaba de una manera visible.

— Capitán, exclamó al fin Marta indignada, suplico á usted que no maltrate más á ese pobre animal; el espectáculo es poco agradable, y ya nos ha demostrado usted lo suficiente que es un jinete consumado.

— A la orden de usted, señorita; pero si la encargasen conducir un regimiento ó amaestrar un caballo, aseguro á usted que necesitaría endurecer un poco su corazón demasiado bueno.

— Sin embargo, crea usted que también sé hacerme obedecer cuando conviene.

— Yo soy la prueba de ello, repuso el galante capitán inclinándose y con irónica sonrisa.

Acto continuo ofreció sus servicios, ayudó á los demás, se mostró muy alegre y decidó y hasta un poco atrevido. Edmunda le miraba con evidente satisfacción. Aquel día, el equilibrio que conservaba sabiamente entre sus diversos admiradores — á todos los jóvenes que veía considerábalos como tales — se desconcertó un poco en favor del capitán.

El oficial no trataba de ocultar en manera alguna su admiración; devoraba con la vista á Edmunda de la manera más atrevida, casi brutal, admirando sin duda su ligero traje de batista de color azul claro, muy sencillo, que le sentaba maravillosamente y realzaba su belleza. Edmunda tomaba las más graciosas posturas de mujer casera, arremangándose hasta el codo y levantando su falda lo bastante para que se vieran los más lindos pies del mundo. Mientras las demás jóvenes abrían los enormes cestos que se habían llevado de antemano, pues no se querían criados para servir, Edmunda se encargaba de llenar las botellas en el manantial y el capitán era quien debía llevarlas; pero la joven tenía empeño en coger ella misma el agua, tan pura y fresca, que el cristal se empañaba al punto. Algunas piedras colocadas en sitio conveniente permitían acercarse al arroyuelo; mas después era preciso doblar el cuerpo y no mojarse demasiado el borde de la bonita falda. ¿Cómo no aceptar la nervuda mano que Bertrand le ofrecía y no permitir que la sostuviera? En buena ley no había medio de evitarlo. ¡Cuán seductora estaba Edmunda entregada á aquella ocupación, arrodillada en parte, con cierta seriedad y teniendo en la mano derecha una botella mientras que daba la otra al capitán! Este último se inclinó también, y en el agua límpida las dos imágenes se confundieron un instante. La voz del oficial fué trémula al decir por lo bajo:

— Vea usted, señorita Edmunda, el manantial nos casa; es la divinidad de este sitio, y la voluntad de los dioses es sagrada.

— Eso no es más que agua, contestó Edmunda riendo, sin escandalizarse en lo más mínimo; y los poetas dicen que la onda es pérfida.

— Permítame usted decirle que la adoro; estoy loco por usted, y esto desde el día en que la vi por vez primera...

— En el ferrocarril, interrumpió Edmunda, ya lo sabe usted, los silbidos, los «cinco minutos de parada,» el humo que ensucia y huele mal... todo esto no es nada poético.

— ¡Burlona! Sin embargo, le diré y le repetiré tanto que la adoro, que al fin acabará usted por creerlo.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

WERNER DE SIEMENS

La ciencia y la industria eléctrica han tenido recientemente una pérdida sensible en la persona del



WERNER DE SIEMENS, eminente físico recientemente fallecido

doctor Werner de Siemens, fallecido en Berlín en 6 de diciembre último, á la edad de setenta y seis años.

El doctor Siemens, nacido en Lenthe (Hannover) en 1816, hizo sus primeros estudios en el gimnasio de Lubeck y entró en la artillería prusiana en 1834. Su inteligencia llamó desde luego la atención de sus jefes, y después de haber pasado algún tiempo en la Escuela militar fué nombrado teniente en 1837, sirviendo hasta 1850. El tiempo que le dejaba libre el servicio dedicábalo al estudio de las ciencias físicas, inventando entonces el dorado eléctrico, un regulador diferencial y un telégrafo impresor eléctrico automático.

Siendo individuo de una comisión de estudios nombrada para la sustitución del telégrafo óptico por el eléctrico, propuso en 1847 el empleo de conductores ó cables aislados por medio de gutapercha, y fué el primero que consiguió cubrir el alambre de cobre con este precioso aislador por medio de una prensa de su invención que hoy emplean todas las fábricas de cables. Estos alambres aislados sirvieron en 1848 para proteger el puente de Kiel contra los ataques de la flota danesa, pues fueron utilizados para prender fuego á las minas submarinas por medio de la electricidad.

En aquel mismo año establecióse bajo su dirección la primera línea telegráfica aérea alemana entre Berlín y Francfort en el Mein y en 1849 la primera línea telegráfica subterránea entre Berlín y Colonia.

Asociado con Halse fundó en 1847 los establecimientos de Charlottenburgo que muy pronto adquirieron una reputación universal, creando sucursales, que luego fueron establecimientos independientes, en Londres bajo la dirección de Guillermo Siemens, fallecido en 1884, y en San Petersburgo, bajo la de Carlos Siemens, ambos hermanos de Werner.

Por espacio de cuarenta años Werner Siemens distribuyó sus trabajos entre la ciencia pura y la ciencia aplicada: á él se debe el patrón de resistencia en mercurio, adoptado hoy como prototipo internacional que representa un valor fijo, invariable, de fácil reproducción en cualquier tiempo y lugar con sólo tomar por base su sencilla definición. Werner Siemens ha creado una serie de métodos para medir los cables subterráneos y submarinos que todavía se siguen actualmente. La telegrafía le debe el relevador polarizado de su nombre, la prensa de gutapercha y el descubrimiento de un sistema de transmisión simu-

tánea. Sus trabajos en materia de electricidad industrial son muchos y muy importantes: citaremos entre ellos la armadura en doble T de su máquina dinamo, el principio de la auto-excitación presentado á la Academia de Ciencias de Berlín en 17 de enero de 1867, algunos días antes de la comunicación de Wheatstone sobre el mismo asunto, el primer ferrocarril eléctrico establecido en 1879, el sistema de los despachos neumáticos que introdujo en Berlín desde 1865 y un gran número de otros inventos menos conocidos, pero no menos útiles.

Este sabio eminente fué colmado en vida de honores de toda clase. En 1860 la Universidad de Berlín le concedió el título de doctor en filosofía *honoris causa* y en 1874 la Academia de Ciencias de la propia ciudad le llamó á su seno.

Su autoridad en los congresos científicos en que tomó parte era reconocida por cuantos á ellos concurrían y sus consejos eran con frecuencia seguidos.

En 1888 contribuyó con 300.000 marcos (375.000 pesetas) á la creación de un laboratorio nacional científico y técnico.

Por la importancia de sus descubrimientos y de sus trabajos; por su habilidad en llevarlos á la práctica, á sacar de ellos un provecho material para la industria y á obtener de ellos resultados útiles para la ciencia, Werner Siemens deja en pos de sí el recuerdo de un trabajador infatigable, de un sabio distinguido, de un inventor fecundo y de un hábil ingeniero.

Bajo un aspecto algo rudo, Werner Siemens ocultaba un fondo de benevolencia y de afabilidad que pudieron apreciar cuantos con su trato se honraron.

E. HOSPITALIER

* *

CERRADURAS DE ALARMA

Los periódicos publican continuamente noticias de robos con fractura, para evitar los cuales se han inventado una porción de sistemas de cerraduras, de seguridad unas y avisadoras ó de alarma otras. Uno de los inventos más interesantes en este último género es el de M. Pablo Blanchet: con los aparatos que vamos á describir, apenas se intenta forzar una cerradura ó introducir en ella llaves falsas ó violentarla con una palanqueta para hacer saltar la armella ó romper los goznes de una puerta ó aserrar las hojas de ésta, se produce una fuerte detonación y suena un timbre continuo, lo cual basta y sobra para poner en alarma á todos los habitantes de la casa y aun de la vecindad, sin que el ladrón haya conseguido abrir, forzar, ni fracturar la puerta.

La detonación se produce por la explosión de un cartucho inofensivo y el timbre funciona merced á un

perfecta por su fuerza de resistencia: además, á la menor tentativa de los ladrones produce la alarma en toda la casa y en toda la vecindad. Cuando desde afuera se intenta abrir las hojas de las puertas, las cadenas representadas en nuestro grabado se estiran y solicitan un resorte colocado en el interior del cilindro central, al cual van unidas, y hacen estallar un cartucho que produce una detonación. La fig. 2 representa la cadena para las puertas de las habitaciones; la figura 3 el aparato para cercados, vedados de caza, huertos, corrales, etc. Este aparato de detonación de mucho calibre y de pequeñas dimensiones se deja oír perfectamente á una distancia de 1.200 á 1.500 metros: tendido por medio de alambres, sea de árbol á árbol, sea en lo alto de una pared de cerca ó de cualquier otro modo, puede disimularse fácilmente y permanecer indefinidamente expuesto á la humedad, sin que se altere el cartucho que contiene.

Las figs. 4 y 6 representan un pequeño aparato móvil de detonación, que se coloca en el suelo detrás de las hojas de la puerta: un clavo puesto en su extremo en la madera del suelo ó entre dos ladrillos lo fija suficientemente para que el menor choque en el gatillo, que está en el otro extremo, produzca la detonación.

La fig. 5 reproduce el aparato para las ventanas: una pequeña escarpia colocada en cada hoja de la ventana permite colgar y quitar instantáneamente el aparato, que, en un modelo más pequeño, puede ponerse también en las arcas para guardar caudales, en los muebles, cajones, baúles, maletas, etc., y los protege contra los ladrones, á quienes denuncia.

Las figs. 7 y 8 representan una cerradura y un cerrojo con detonación, timbre y luz eléctrica: para mayor precaución cada cerradura tiene dos clases de llaves: la de seguridad, que abre todas las partes de la misma, y una para los entrantes y salientes, la cual sólo puede abrir la puerta cuando ésta está simplemente cerrada de golpe y no da idea de la llave de seguridad.

Finalmente, para que nada falte á esta cerradura, un contacto colocado en el interior y puesto en movimiento por la doble vuelta alumbrada, cuando se quiere, una ó varias lámparas de incandescencia cuyo entretenimiento no exige más que unos momentos de cuidado cada dos ó tres meses y un gasto insignificante. Este alumbrado, obtenido al abrir la cerradura, puede ser de gran utilidad para el que entra de noche en su casa ó en una habitación oscura.

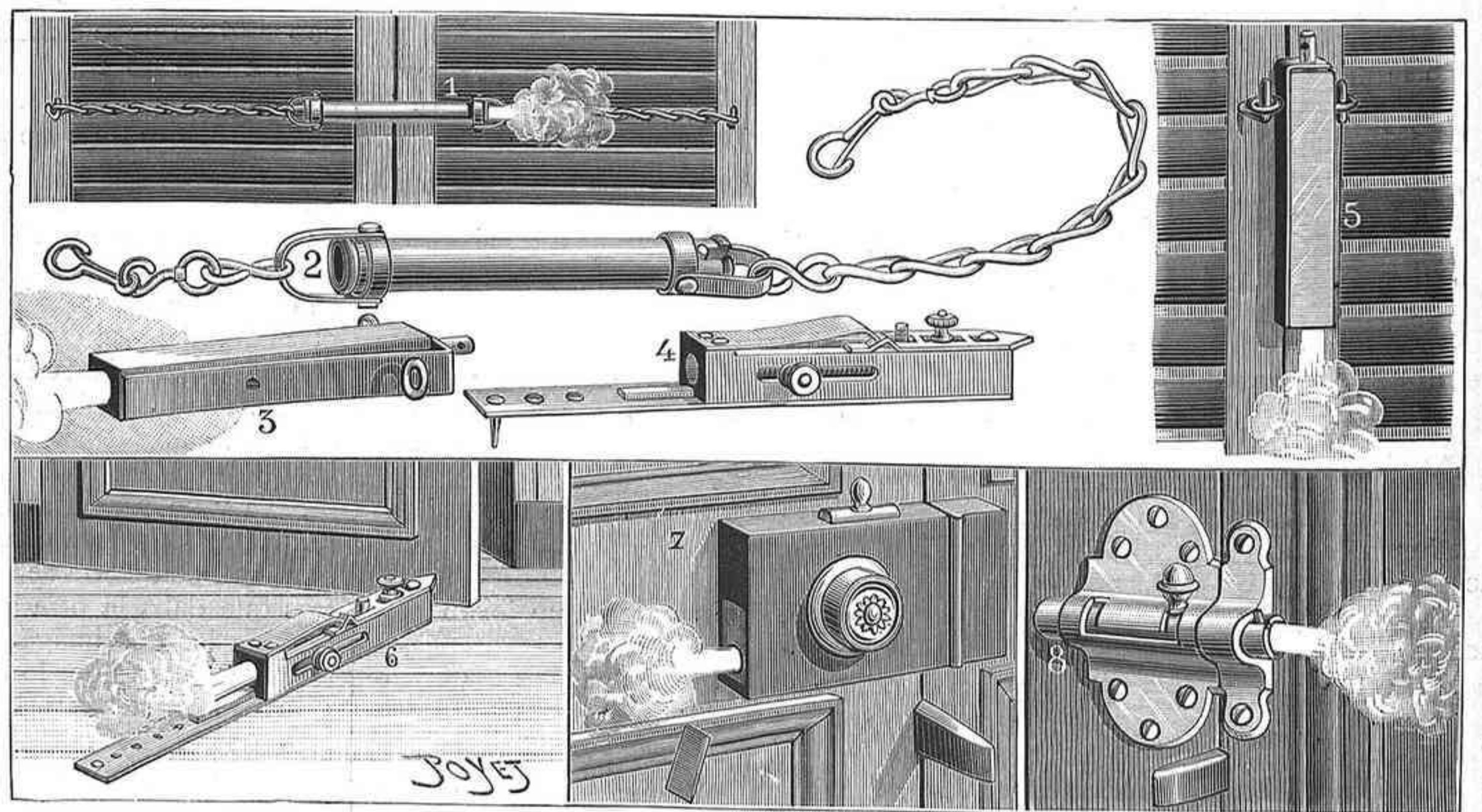
El pestillo de la fig. 8 está destinado á las puertas interiores y á las escaleras de servicio y produce la alarma sin necesidad de que lo abran, desde que se intenta forzar la puerta. Inútil es decir que el mecanismo está dispuesto de tal suerte que la detonación no puede producirse nunca en el uso ordinario del pestillo.

X..., ingeniero

* *

EL TRABAJO DE LOS MÚSCULOS

Si se considera la máquina animal como una máquina térmica, se encuentra uno con una dificultad



Cerraduras de alarma por medio de detonaciones y timbres

circuito eléctrico que las tentativas del ladrón cierran.

Nuestro grabado representa los principales aparatos de M. Blanchet. La fig. 1 es la cadena de seguridad con detonación para ventanas, miradores y postigos y constituye un género de cerradura suplementaria y

casi insuperable desde que quiere explicarse su producción muy elevada, de 30 por 100 aproximadamente: sabido es, en efecto, que, según el principio de Carnot, esta producción exigiría que algunas partes de la máquina estuviesen á una temperatura

de 160 grados por lo menos, aun suponiendo que no hubiese ninguna nueva pérdida.

Algunos pretenden eludir la cuestión diciendo que un músculo no es una máquina térmica, pero esta explicación nada resuelve. M. T. Engelmann ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias de Amsterdam una importante memoria con la cual este problema delicado da un paso decisivo. La idea de M. Engelmann es que, contra lo que la opinión generalmente admitida afirma, el organismo presenta enormes diferencias de temperatura. La combustión que se produce en los músculos engendra infinidad de fuentes de calor de temperatura elevada, al paso que la masa del músculo funciona como refrigerante. Si un termómetro, por pequeño que sea, está siempre sometido á la acción de un gran número de focos y de una gran masa refrigerante, no puede indicar más que una temperatura media. Ahora bien: está demostrado que por efecto de la temperatura los elementos birrefringentes del músculo experimentan una contracción, hecho que, además, prueba el autor con un experimento curioso. En una probeta llena de

agua se introduce una cuerda de tripa, provista de un peso que la mantiene en tensión y rodeada á pequeña distancia de una espiral de platino: si se calienta la probeta por medio de una lámpara, la cuerda se acorta lentamente; pero si, por el contrario, se hace pasar una corriente por la espiral de modo que ésta adquiera una elevada temperatura, la longitud de la cuerda disminuye bruscamente y se alarga de nuevo en cuanto la corriente queda interrumpida; durante este tiempo, la columna de un termómetro colocado en la probeta no ha subido más que en una cantidad insignificante. Repitiendo el experimento varias veces se produce un trabajo muy apreciable y, lo que es muy digno de notarse, esta máquina térmica funciona con excelente producción, algunas veces superior á la de un músculo.

* *

EL FERROCARRIL DE BEIRA (ÁFRICA AUSTRAL)

Esta vía férrea que los ingleses construyen actualmente á lo largo del río Pungoné atravesará los te-

rritorios portugueses para ir á parar al Mashualand inglés. Este ferrocarril, que tendrá una gran importancia para el comercio británico, quedará terminado hasta Chimoio (75 millas) antes de que termine el presente año. El punto término de la vía, que es el fuerte Salisbury, está situado á 250 millas de la costa.

La tonelada de mercancías cuyo precio de transporte es actualmente de 1.125 francos desde el Cabo al fuerte Salisbury, no costará más que 375, y el trayecto que hoy dura tres meses será de tres días por Beira. Mientras no quede terminada la vía férrea hay entre Chimoio y fuerte Salisbury un buen camino carretero, y desde el mes de febrero próximo podrá expedirse desde Inglaterra máquinas y aparatos para la explotación de las minas que adquirirá pronto un gran vuelo; pues hasta ahora lo que ha retardado esta explotación ha sido la falta de máquinas, cuyo transporte por el Cabo era imposible, ya que el ferrocarril no llegaba más que hasta Uribury, punto distante 1.000 millas del fuerte Salisbury.

(De La Nature)

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

para ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
GARRULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES

Prepara y conserva el cutis limpio y terso

Se vende en todas las Farmacias

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL

PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES

EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

CIGARROS

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS

Y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTITION

FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.

EXIJESE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS

Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

Las
Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

FALTA DE FUERZAS

ANEMIA
CLOROSIS
DEBILIDAD
CONSUMCION

EL HIERRO BRAVAIS

representa exactamente el hierro contenido en la economía. Experimentado por los principales medicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida. Exijase la Verdadera Marca.

De Venta en todas las Farmacias.
Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK



Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO. 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros medicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grajeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Tergotina y Grajeas de TERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grajeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

LICOR LAVILLE GOTA REUMATISMOS

del Dr. LAVILLE

Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.

F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS

VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ELIXIR DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS DE VIVAS PÉREZ

CARNE y QUINA

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJESE el nombre y la firma **AROUD**

Recetado por verdaderas eminencias, no tiene rival y es el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginos y de la medicación tónico-reconstituyente para la Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles. Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados. — Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS. — MEDIA BOTELLA. 2.50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

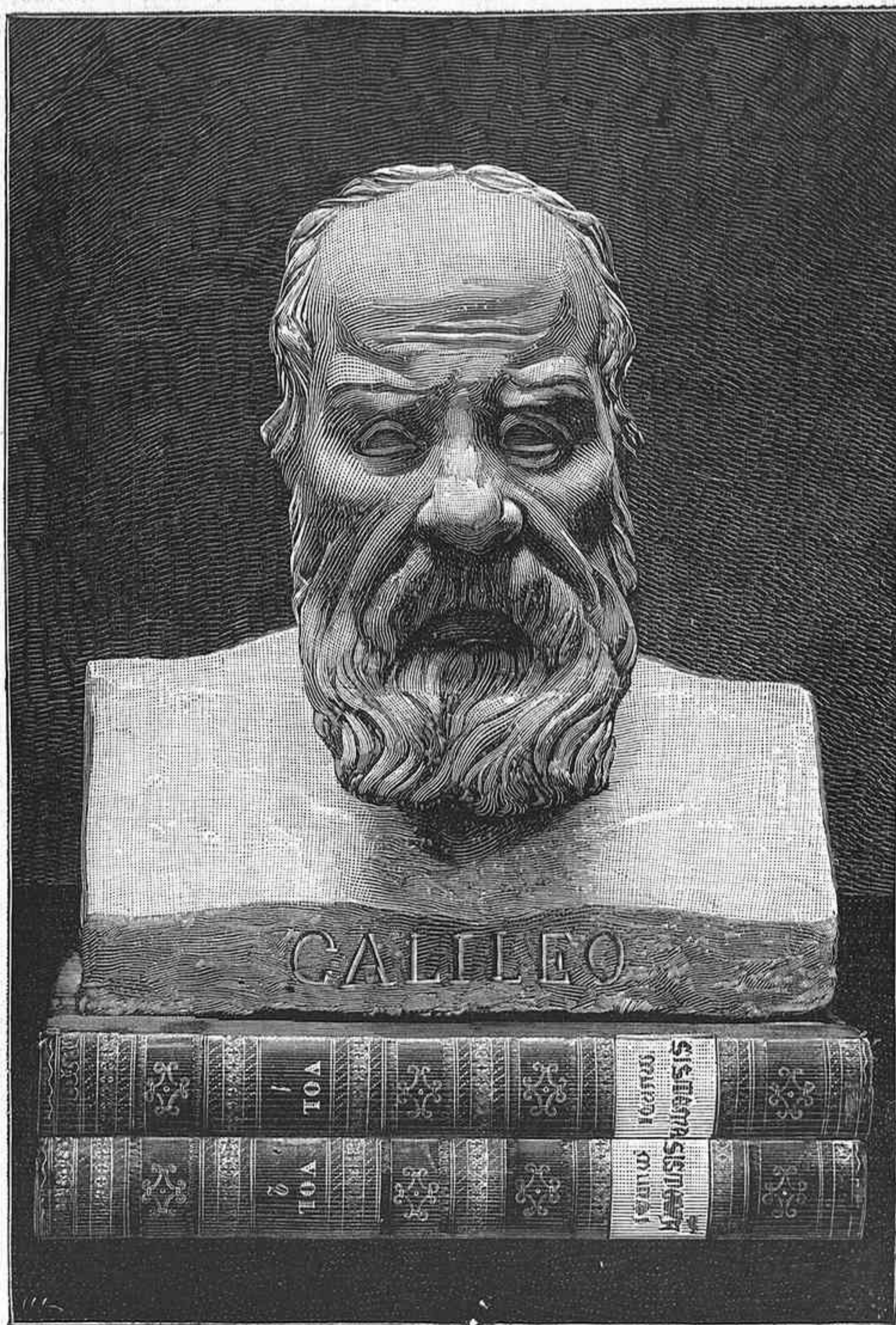
ALMANACH DE «LA CAMPANA DE GRACIA.»
- Se ha puesto á la venta este notable almanaque que en los diez y siete años que lleva de publicación ha merecido constantemente el favor del público: el correspondiente al año 1893 contiene artículos, cuentos, epigramas, poesías, etc., firmados por nuestros más conocidos escritores, y excelentes dibujos y chispeantes caricaturas de los reputados artistas Apeles Mestres, Pellicer, Moliné y Foix. - Véndese al precio de 2 reales en casa del editor Sr. López, librería española, Rambla del Centro, 20.

IVÁN EL IMBÉCIL, por el conde León Tolstoi.
- De un asunto sencillo ha hecho el eminente novelista ruso un libro hermoso, como todos los suyos, cuyo argumento tiende á demostrar que la verdadera dicha no está en la gloria ni en la satisfacción de los apetitos de las pasiones, sino en la tranquilidad y placidez de un obscuro rincón de una aldea. - Este libro forma parte de la Colección de libros escogidos y se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

INCOHERENCIAS POÉTICAS, por A. Fernández Casado. - Es este libro una colección de poesías inspiradas y bien escritas en las que, como el título indica, se tratan distintos asuntos y se cultivan diversos géneros, notándose en su autor, el distinguido poeta gijonés Sr. Fernández Casado, la influencia del incomparable Campoamor, influencia que aquél confiesa modestamente en la prólogo con que comienza el libro. - Impreso en Gijón, en la imprenta del Musel (Rastro, 24), se vende al precio de una peseta.

MARTÍN ALONSO PINZÓN, por D. José M. Asensio. - Ha visto la luz este hermoso libro, original del presidente de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, en el cual se hace la historia de la parte que los hermanos Pinzón, principalmente Martín Alonso, tomaron en el descubrimiento del Nuevo Mundo. - Se vende á 3 pesetas en las principales librerías.

LA ENERGÍA MEQUÁNICA TRANSPORTADA POR LA ELECTRICIDAD, por Luis L. Zegers. - La im-



BUSTO DE GALILEO, obra del siglo XVII, conservado en Villa Galletti, Florencia

portancia de la materia tratada en este libro la indica sobradamente su título, y en cuanto á la competencia de su autor, tiénela éste bien acreditada como profesor de Física general de la Universidad de Chile. Es una obra que merece ser consultada por cuantos quieran estudiar el importante problema que en ella se trata con gran caudal de conocimientos científicos: está escrita, como pueden ver nuestros lectores por el título, según las reglas de la ortografía castellana reformada, que cuenta con muchos partidarios en América, y ha sido impresa en Santiago de Chile, en la Imprenta de Barcelona, Santo Domingo, 86.

LA REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA CASTELLANA, por J. Jimeno Agius. Se ha publicado la segunda edición de este folleto, en el cual están reunidos los notables artículos que el Sr. Jimeno Agius publicó en la Revista Contemporánea de Madrid, en defensa de una reforma radical de la ortografía castellana. El Sr. Jimeno Agius aduce en defensa de su sistema poderosas razones dignas de ser meditadas.

LOS APÉNDICES AL CÓDICO CIVIL, por don León Bonel y Sánchez. Interesante como todas las anteriores es la entrega 6.ª de esta importante revista que con tanto éxito publica el digno é ilustrado magistrado de esta Audiencia Sr. Bonel. Contiene la sección doctrinal con la sección inaugural de la Academia de Derecho además de la memoria del Secretario saliente y el discurso del Presidente, Sr. Bonel, del que oportunamente nos ocupamos, la legal, la de sentencias del Tribunal Supremo y decisiones de la Dirección general de Registros y la de Cuestionarios y Fueros, en la que comienza la publicación de la legislación de Navarra. - Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, pral.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX, por D. E. Caro, de la Academia Francesa. - En este volumen estudia el renombrado filósofo la influencia que las ideas pesimistas de Leopardi, Schopenhauer y Hartmann han tenido en la vida intelectual, moral, social y política del siglo. Obra de tanto renombre en el extranjero, no necesita por nuestra parte, después de las muchas ediciones que en varios idiomas ha logrado en breve tiempo, recomendación ninguna especial. - Se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21



Participando de las propiedades del Iodo y del Hierro, estas Píldoras se emplean especialmente contra las Escrofulas, la Tisis y la Debilidad de temperamento, así como en todos los casos (Pálidos colores, Amenorrea, &c.), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Blancard Farmacéutico, en París, Rue Bonaparte, 40

N. B. El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las verdaderas Píldoras de Blancard, exigir nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma puesta al pie de una etiqueta verde y el Sello de garantía de la Unión de los Fabricantes para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas enérgico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los órganos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.

SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

DISPEPSIAS
CASTRITIS - CASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS